

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 14 de Julio

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Con Unamuno en Hendaya.....	José G. Antuña	La niña del cuévano.....	Gabriel Miró
Cartas.....		Sandino.....	Américo Lugo
Noticia de libros.....		Gabriel Miró.....	E. Giménez Caballero
Rimadores y profetas.....	José Vasconcelos	Página lírica.....	Miguel de Unamuno
El lucero. The bright star.....		De los placeres y los juegos.....	Georges Duhamel
Tablero		La Edad de Oro	
Más que un político.....	Gabriel Alomar	Días de ocio en el país del Yann (2).....	Lord Dunsany
Qué hora es...?			
Libros escolares complementarios.....	Gabriela Mistral		

No era sólo un mero impulso de curiosidad, o el deseo superior de departir con el fuerte e ilustre español, lo que me detuvo en Hendaya a mi regreso de España, ya cerrado el ciclo de mis conferencias sobre diversos temas de cultura americana. Ni siquiera el propósito exclusivo de saludarle y conocerle personalmente.

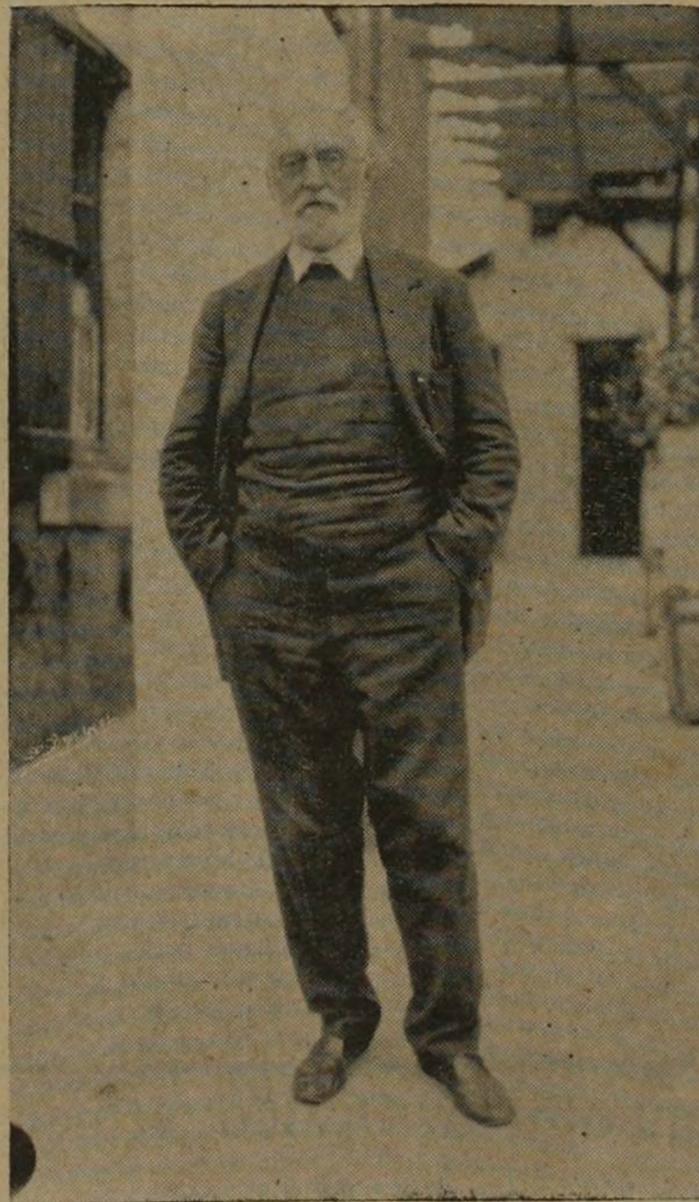
Debía transmitirle un mensaje de sus colegas, discípulos y amigos de Salamanca; mensaje de veneración, sin duda, ya que este sentimiento cuadra mejor, sobre todo cuando el compañero y maestro es un proscripto.

Nunca una presencia más notoria en todos lugares, horas y espíritus que la de este ausente de Salamanca. Nunca un destierro más ficticio que este destierro físico que obtiene su imperiosa revancha en el alma de un pueblo, de una Universidad, de una ciudad que no olvidan...

Apenas llegado a la docta ciudad castellana y aún antes de fraternizar con todos, es decir, antes de las veinticuatro horas de mi estada, unánimemente los profesores de su claustro ya habían nombrado, en nuestras primeras conversaciones, al gran Rector, admirable de sabiduría y rebeldía.

Al presentarme al auditorio en el acto de mi conferencia, el profesor Camón, expresó, ante todo, su propia emoción y la de sus compañeros respecto del maestro que continuaba presidiendo en espíritu aquellas venerables aulas, por las que desfilaron los siglos abandonando en su ámbito sonoro la gloria y el renombre de la ciudad escolar. Don Aniceto Sela, el viejo profesor de Derecho Internacional de la Universidad de Oviedo, inauguraba a su vez, los cursos de la *Cátedra Francisco de Vitoria* con la evocación conmovida del Rector. Es que don Miguel a través de las largas centurias que distan desde que el Rey de León fundara la escuela pri-

Con Unamuno en Hendaya



(Última fotografía)

mitiva, y desde que San Fernando, el Rey de Castilla, la consagró con su augusto patrocinio, había sido, en los últimos tiempos, el más claro intérprete de una tradición que «ha envejecido pero que no ha cambiado», y que aún ahora hallara su postrero reducto en esa Salamanca inconfundible por su historia y por la gracia pro-

ducta de sus piedras doradas...

El nombre de Unamuno había de sentirlo todavía en las ocasiones más íntimas, de más honda añoranza y más límpida atmósfera de ensueño. Francisco Maldonado de Guevara, el profesor de literatura que pudiera serlo también de hidalguía castellana quiso organizar para nosotros la deliciosa excursión al

soto, la isleta, la capilla, el molino y el huerto de Fray Luis de León, cuyo Centenario había de celebrarse en esos días con toda solemnidad. Gracias a la conmovida solicitud de su ilustre padre y de él mismo, esas reliquias permanecen en pie, y así nos fue dado el goce antiguo de vagar, aquella tarde de Abril, cabe las riberas del Tormes por la *cumbre airosa* que el poeta cantara; beber el agua de su *fontana pura*, hilo maravilloso de plata que envía la montaña, y saborear por último, la merienda serrana, bajo el propio parral y escuchar allí mismo, de labios trémulos la vieja invocación, siempre joven, a la *descansada vida*, apartados, yo bastante más que los salmantinos, del *mundanal ruido*, de las urbes tentaculares.

Allí también, devotamente, se recordó a Unamuno que cantara al Fray Luis de León de aquella cátedra de Salamanca, todavía intacta, cuyo alto pupitre y cuyas toscas mesas conservan en la sublime pobreza de sus maderas, labradas las estrofas nostálgicas de los estudiantes enamorados.

Y cuando no era al impulso del entusiasmo y la verba vibrante de juventud y facundia mental de Camilo Barcia Trelles, el profesor ya ilustre de Valladolid, que lo es también de La Haya y las universidades estadounidenses, cuyas conferencias sobre la personalidad de Vitoria frente al imperialismo, la conquista de América y los tratados de cesión territorial, nos maravillaron a todos, era del seno de la venerable comunidad de los dominicos de *San Fernando* de donde el recuerdo de don Miguel resurgía en toda la plenitud de la admiración y el afecto.

¿Puede resultar acaso sorprendente que viva ese recuerdo en el recinto de esa iglesia, de ese convento, de esos claustros de Santo Domingo, en los que la maravilla plateresca de sus fachadas y sus altares se con-

funde en una misma evocación con el recuerdo de Colón que lo habitara arrancando del grávido silencio de sus claustros la profunda sazón de su aventura?

Allí gustaba también el Rector pasear su trashumante quimera y platicar con los religiosos de esa orden ilustre que ha honrado a España con algunas de las más admirables figuras de su elenco de héroes, genios y santos.

¿Es extraño, acaso, que ese recuerdo perdure tratándose en general de esa ciudad a la que el medioevo le otorgara el título, el más ambicioso, de *madre de las virtudes, las ciencias y las artes*; y el de *Pequeña Roma*, indiscutido éste último, entonces y ahora, si no ha de olvidarse que fue en su seno en donde durante ocho siglos se parapetó invicta la unidad católica y se mantuvo intacto el dogma medioeval, aun cuando el cisma reformista hubo quebrantado el poderío teocrático de ciudad papal? Si es cierto que ese espíritu, como se ha afirmado, ha subsistido hasta hoy, y como lo dice Frank, en su libro admirable (1), fue el mismo que se difundió por la América de la Conquista ganándola para la doctrina Romana con la sugestión de sus místicos, navegantes y cruzados: Colón, Pedro de Alcántara, Juan de Avila, Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Iñigo de Loyola, es entonces que podemos explicarnos como subsiste y subsistirá la presencia en Salamanca de aquel intérprete genial del alma española, incorporado, a justo título, a la pléyade de los grandes maestros de humanidades, que ayer apenas, explicaba griego en su aula con un amplio criterio...

No es extraño, entonces, que yo, menos extranjero que Frank, haya sorprendido los rastros de su espíritu en esa *ciudad de la sabiduría y del amor de Dios*: su espíritu recio, como esas *canteras ásperas* de Castilla que dieran la *pedra dócil* para levantarla... Que le haya sorprendido en todas las callejas, murallas semiderruidas; sus catedrales barrocas o románicas; sus conventos de Churriguera; su río; su puente; el monumento impecable de su plaza mayor que ha sido comparado al silogismo de un escolástico.

Salamanca reclama al último de sus grandes maestros, y lo reclama con esa atracción imperiosa, porque le pertenece y porque no puede sustituirlo. Y sobre todo por la razón sentimental, mal de ausencia, que sabe sembrar en el alma de los suyos, y que Cervantes definió así: «Salamanca enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado».

* * *

En la proximidad de Unamuno me ha parecido enfrentar a una roca. Esto resulta algo más que una figura literaria... Él mismo comenta en alguna de sus páginas la observación que Frank revela en su *España virgen* respecto del español central, estepario, serrano o ribereño, más *geológico* que vegetal o animal. «Es rocoso,» afirma, por su parte. Y aunque formado lejos de la meseta en una tierra más *vegetalizada*, cuya estructura la halla exactamente definida en el verso de Góngora:

Del Pirineo la ceniza verde,

apesar de esa tierra de su mocedad y su niñez, «hueso del alma,» no fue sino en la rocosa Castilla, concluye, en la cuenca del Duero, al que va el Tormes, donde se me secó y endureció ese hueso del alma para mantenermela bien erguida frente a Dios».

Yo he sido, pues, el interlocutor de una roca. Y nada más imponente que esa roca enclavada en la soledad y la luz; jamás avasallada por la tempestad y que se empurpura de aurora y que sonríe o ruge ante la saña de la Naturaleza o la oscura palpación humana.

—Hablemos de vuestra América y de vuestro Uruguay.

—Pues hablemos, maestro.

—Viene Ud de explicar conferencias sobre el idioma, la raza, la cultura y el arte americanos. Yo no conozco, ciertamente, el criterio de Ud. Pero he de confesarle que de acuerdo con el mío propio, me subyugan esos aspectos de vuestro gran problema, grande por hondo y por nuevo.

Se diría que habla a martillazos este formidable don Miguel. Y es así como hube de figurar sin esfuerzo, tal como un yunque su mesa de trabajo; tenazas de hierro su plum y la expresión siempre presta y audaz de su idea, las chispas de la fragua!... Pensé en ese instante con qué urgencia nuestra América reclama esa otra progenie de los señores del hierro, la trepidación de esas usinas mentales, frente a cuya organización está destinado todo el metal inédito de su espíritu.

—Vuestra raza..., descuidaos

de aquellos que os hablan, infatuados, de las purezas étnicas, tanto como de esos otros que en esta tierra pontifican respecto de la *poesía pura*... Oro sin cobre es metal inútil. Agua destilada, no es agua potable. Y mi sangre, sin éstas manchas que véis del artrismo, dejaría de ser mi sangre torrencial.

»Felices vosotros los de las razas impuras, que esconden todo el secreto del porvenir. Felices vosotros los de las lenguas impuras, sin cartabones ni cerrojos para el pensamiento. El impulso de vuestro castellano me recuerda al catalán, ese maravilloso instrumento, anquilosado después del siglo xv y que hoy reverdece con inconcéntrica afirmación.

»Los altibajos, las asimetrías y los imprevistos, en las culturas como en todo, arrastran consigo la clave del Destino. Cuando yo oigo decir que todos los escritores franceses de la hora actual escriben bien, poco trabajo necesito para constatar que todos son mediocres... que es lo propio que constatar que no hay ninguno mejor... La uniformidad es la mediocridad, y la mediocridad es lo que ha diversificado la Francia de antes y después de la guerra. La de los acreedores y la de los deuderos...

* * *

Unico por imprevisto es ese panorama de las letras americanas que va desde el pensamiento grávido de Carlos Vaz Ferreira, al misticismo humano de Gabriela Mistral.

Colmóse mi ternura patriótica oyéndole decir su admiración por nuestro filósofo uruguayo, no ya sólo en el plano de su ciencia honrada y sobria, sino por su estilo, que Unamuno confía entusiasta al parangón con el de cualquiera de los prosistas continentales.

De entre los nuevos escritores uruguayos le ha interesado particularmente en los últimos tiempos Zabala Muniz. Considera a la Crónica de su abuelo una obra maestra. «Nadie como el que haya nacido frente a la ruda escena de éstas montañas pirenaicas, asegura, donde nuestro drama fratricida común tomó su savia, puede interpretar mejor ese libro».

Ya en su análisis fundamental de la Hispanidad él había definido ese drama. «No hay unidad viva sino encierra contraposiciones íntimas, luchas intestinas. Y la única guerra fecunda es la guerra civil, la de Caín y Abel; la de Esaú y Jacob. Hispania, fraguada de íntimas contraposiciones, obra de Dios, sus hijos son hijos de contraposición. Tienen el alma de Job. Ellos pasaron el mar «con el corazón rocoso para ir a conquistar, para ir a pelear, a llevar allende el océano sus guerras civiles, pero también a sentarse sobre la yerba virgen de la pampa, y oír, bajo la Cruz del Sur cantar otras estrellas».

Emilio Oribe, le interesa particularmente entre los poetas. Y respecto del escultor Zorrilla de San Martín, cuya obra tuvo ocasión de conocer en París, no vacila en sumar sus votos a los unánimes augurios de su espléndido porvenir artístico.

En cuanto a América no podría representarse de forma más cabal que por algún símbolo femenino. Mujer ella misma. Y como fuera preciso evocar algún símbolo viviente de majestad y amor, de aquí su recuerdo para Gabriela Mistral. Sonriente y taciturna, la sombra de su Cordillera y el eco de su mar rompieron su numen en acorde inédito, y a la tierra de su alma estremeció el misterio de las nuevas simientes.

Porque yo la conozco bien pude penetrar de inmediato el pensamiento de Unamuno. Habrán otros poetas, habrán otras musas, otras filosofías en América, iguales o más ambiciosas o distintas, pero sólo una mujer ha sido capaz de transportar a su obra, en misericordia y unción evangélica un resplandor de eternidad. Tal así Gabriela Mistral.

En juegos, en poemas, en sonrisas, en piedad y esperanza; en el más hondo anhelo de las cosas humildes e impercederas; en su panteísmo bien suyo y bien antiguo, esta iluminada maestra de un rincón perdido de los Andes, recoge y trasmite en ejemplo de su apostolado sutil, la vibración espiritual del nuevo mundo.

En la perspectiva de América, Hispania hundió su roca bravía: Gabriela Mistral, nos ha hablado de una vocación ingénita y un destino trasuntando el acento de aquellos profetas del desierto «que regresan con una cosa nueva, y cuentan como la Gracia los ayudó en la soledad en cuanto lavaron su oreja de estrépito y su ojo descansó en una sola cosa».

Y así el uno y la otra resultan los intérpretes de ambas inquietudes, don Miguel en Hispania y Gabriela en América, en esta media noche insomne de la historia.

Hispania, sí, la eterna, perdura en éste desterrado de 72 años, que vive de su pluma, en un misérrimo cuarto de pensión, y

Consultorio Optico "Rivera"

EXÁMENES DE LA VISTA - ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención en el desarrollo de recetas de los Señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO - MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSE DE COSTA RICA

CORREO 349

(1) *España virgen*. Trad. española, de la *Revista de Occidente*.

cuyos ojos brillan como los de un niño, y esplenden su voluntad y su optimismo con fervor olímpico.

A la América-nuestra, madre de razas y virgen de esperanza, la sentimos en aquella que es virgen y madre, y en sus ojos de hondos paisajes, tal como los percibiera Prado, su hermano, «cuencas llenas del agua que la noche roba a las estrellas; aquella a quien los taciturnos montañeses no la comprenden, pero la veneran y la siguen ¡oh! ingenua y clara ciencia».

* * *

Me despido del gran viejo en la estación de Hendaya. ¿El queda en su destierro? ¿Yo vuelvo hacia mí libertad? ¡Pobre relatividad, triste mentira, desesperada ilusión de las cosas humanas! ¿En el espacio,

José G. Antuña

París, junio 1928.

Cartas

3, rue du Colonel Renard. (17e.)

José G. Antuña, saluda a su compañero García Monge, y le adjunta unas páginas sobre mi reciente entrevista con Unamuno en Hendaya, las que desearía fueran dignas de su admirado *Repertorio*.

París, junio 4/1928.

Sr. Director de

Repertorio Americano.

San José de Costa Rica

Muy señor nuestro:

Tenemos el agrado de enviar a Ud. el primer número de nuestra revista *Volkstum und Kultur der Romanen*, en el deseo de establecer un intercambio permanente con *Repertorio Americano*. Nuestra Revista comprende en su programa el estudio de la lengua, literatura y tradiciones populares de los pueblos neolatinos, tarea que tratará de realizar correspondiendo a la importancia de las zonas abarcadas.

Saluda a Ud.

Seminar für romanische Sprachen und Kultur.

Hamburgo 13

Hamburgo, 11.6.28.

Campamento del Ejército Libertador de Nicaragua, junio 8.

Para Joaquín García Monge

en San José de Costa Rica

Alto y fino amigo:

Ha sido preciso un azaroso mes de viaje continuado por estas anchas montañas para lograr incorporarme en las filas del Ejército Defensor de la Soberanía Centroamericana. Si la

en el tiempo, en el pensamiento, en el corazón radica la libertad de los hombres? Me pareció Unamuno aquel instante el ser más libre de la tierra y su exilio una grotesca ironía...

Y me alejé pensando en esa cepa milagrosa que yo llamaría de los hombres-islas; ínsulas, de cuya raíz etimológica (*sul*: danzar, saltar), Ortega y Gasset define a aquellos trozos de tierra como a peñascos desplazados en medio del mar.

Por sobre la marea de los pueblos y los rebaños, y el vórtice de las apostasias, y el ritmo oscuro de los sucesos, y el tibio sensualismo de las playas, se ierguen estas figuras de granito y de sol.

Reciben sus corazas el odio y el ritmo oceánicos: su pecho, la luminosa confianza y el tormento ideal.

rectilínea figura del general Sandino ha logrado afirmarse en el fervor multitudinario de América Latina, pese a las versiones tendenciosas de las fuentes de información al servicio del imperialismo, aquí, al lado suyo, crece y se redondea el concepto de que la nueva generación del continente ha producido su primer gran realizador y la de Centroamérica su más alto Jefe. Porque Sandino—que tiene mucho de Trotsky y algo del de Asís—es capaz de conducir a los hombres nuevos de estos cinco países humillados por el único posible camino hacia la liberación y la victoria. Será incapaz de una tesis frondosa de análisis y conclusiones sociológicas, pero es capaz de todo aquello que sea acción fecunda y heroica y también de señalar con pensamientos cortantes y concretos las generalidades medulares del peligro que nos amenaza y amenaza como nunca a la América del Centro. Cómo se pierde bajo su mirada ardiente la perspectiva de las traiciones, los pactos y peculados que lubrican la historia gris de Nicaragua!

Desde el Estado Mayor del Ejército he seguido las incidencias de dos combates contra el invasor. Los de los días 13 y 14 de mayo han sido para mí la confirmación rotunda de que la violencia puesta al servicio de la justicia, así sea vehiculizada por un escaso puñado de hombres, hace más que la violencia organizada y propietaria de amplia técnica puesta al servicio de la esclavización y la conquista. En Nicaragua, aquí, en la Nueva Segovia, se está doblando con el rifle y el machete la insolencia arrogante del ejército más poderoso del mundo en esta hora.

Trabajo incansablemente por

recoger mis vibraciones en *Sandino*, el libro que preparo sobre este inadjetivable estremecimiento de un pueblo de nuestro espíritu y de nuestra carne.

Reciba el afecto cordial y la admiración sincera de

Esteban Pavletich.

Campamentos del Ejército Libertador de Nicaragua, El Chipotazo, 19 de Abril de 1928.

A los compañeros de la

Unión Obrera Venezolana

4 Willow Street, Brooklyn
N. Y. E. E. U. U.

Queridos compañeros:

En presencia de los horrores de una guerra de exterminio perpetrada por el ejército de los Estados Unidos de Norteamérica contra una nación que defiende su soberanía, considero un deber dirigirme a los compañeros de la U. O. V. solicitando la ayuda oficial de la organización y la de todos los componentes individualmente hacia los heroicos luchadores de Nicaragua.

Nosotros, luchadores venezolanos contra una de las más largas y crueles tiranías de América, estamos obligados a prestar a Nicaragua, — en esta hora de intensa tragedia — la ayuda solidaria que hemos solicitado nosotros mismos de los pueblos hermanos y que mañana, en un mañana que veo tan trágico y doloroso como la situación que estoy presenciando, solicitaremos con mayor urgencia.

En Nicaragua combaten las fuerzas imperialistas opresoras de los pueblos latinoamericanos y las fuerzas de liberación que defienden la soberanía de toda América Latina. ¡Que los pueblos de América conozcan el espíritu de los revolucionarios venezolanos y sepan que su lucha no se circunscribe a las fronteras estrechas de la tierra natal, que el espíritu que los anima es el mismo de los *Libertadores* derramando sangre de libertad desde Colombia hasta Bolivia en la primera guerra de Independencia. El momento se acerca en que el Déspota decrepito desaparezca para dar oportunidad a los imperialistas yanquis a una intervención más aparente. Contra la imposición de un candidato yanquista, contra el posible desembarque de Infantes de Marina, contra la separación de Maracaibo y su erección en «república independiente», contra crímenes semejantes a los que actualmente realizan en Nicaragua debemos estar preparados. Los Chamorros, Díaz y Moncadas serán seguramente reincarnados políticamente en los Pérez Sotos, Delgado Chalbaud y Arévalo Cedeño. Debemos estar alertas. El imperialismo yanqui necesita de nuestras riquezas naturales y está dispuesto a exterminarnos—en la misma forma cobarde, feroz y sistemática que emplea

contra los habitantes del Departamento de Nueva Segovia—al primer intento de nuestra parte para defenderlas. Los viejos políticos venezolanos temen el poderío de los petroeros yanquis y buscan su protección que les garantice el goce pacífico del poder y la explotación de nuestros trabajadores a cambio de la entrega de nuestras riquezas naturales.

Nicaragua es un símbolo y un alerta. El General Sandino y su ejército de campesinos y mineros ha probado la posibilidad militar de combatir y derrotar a las tropas invasoras. El *Coloso del Norte* ha sido vencido y humillado en multitud de combates. Cualquiera que sea el resultado final de la lucha, Nicaragua ha trazado el camino práctico que deberán seguir nuestros pueblos si quieren libertarse de la opresión imperialista. La América Latina ha mostrado en diversas formas la existencia de una conciencia continental. A Nicaragua sucederán otros pueblos. Venezuela quizá sea la próxima. Los revolucionarios conscientes de Venezuela debemos meditar, estudiar nuestros problemas y llevar a la lucha próxima un programa ideológico claro y un plan concreto de acción. El órgano de nuestra organización, *El Obrero Libre* debe informar a todos los miembros de la U. O. V. de nuestro deber solidario hacia Nicaragua.

Les envía un saludo fraternal desde las montañas de Nicaragua llenas de tragedia y de heroísmo.

Gustavo Machado.

P. S.—Les ruego solicitar de mi hermano Eduardo copias de los informes que he enviado sobre la lucha del Ejército de Sandino y los crímenes de los invasores, como Delegado del C. C. ¡Manos fuera de Nicaragua! ante el Ejército Libertador.—
G. M.

Copia para el ilustre latino-americano, Director del *Repertorio Americano*.—Gustavo Machado.

El Chipotón, Mayo 20 de 1928

Señor Licenciado

Gustavo Machado y Morales

México D. E.

Distinguido señor:

Me complace en dirigirme a usted manifestándole que he resuelto solicitar de usted se sirva aceptar nuestra representación autorizada ante el pueblo de ese país hermano, ya que conozco su decidida colaboración a nuestra causa que es la causa de la América Latina.

Al hacerle acreedor de este cargo encomendamos a usted al mismo tiempo proseguir en sus actividades desarrolladas hasta hoy en favor de nuestro movimiento así como recibir en nuestro nombre la contribución que desinteresada y lealmente

se nos ofrezca, siempre que ella no entrañe compromiso político alguno por nuestra parte.

Creo necesario anotar que el conducto que usted habrá de utilizar para ponerse en relación con nuestro Cuartel General y personalmente es el de nuestro Representante General ante América Latina, señor Froylán Turcios.

Nuestros Delegados en Misión Especial, señores Coronel Francisco Estrada y Juan Gregorio Colindres pondrán en sus manos la presente, iniciando usted las actividades inherentes a la Representación.

Con los sentimientos de nuestra consideración especial los es sumamente grato reiterarnos suyos, afms. y S. S.

Patria y Libertad.

A. C. Sandino.

(Sello Oficial y autógrafo).

Guatemala, 9.—Un cable de La Unión dice que por este puerto han embarcado con di-

rección a Honduras, para de allí buscar rumbo a Nicaragua, varios jovencitos que van con el propósito de servir a las órdenes de Sandino. Uno de ellos es Carlos Zepeda, estudiante de tercer año del instituto nacional de El Salvador. Zepeda, escribió a su padre diciéndole: «Todos hablan y nadie hace nada positivo en favor de Sandino. He tomado la determinación de ir a servir al héroe, pues ya hace tiempo que había pensado en eso y me decidí cuando una noche usted dijo: que iría a ayudar a Sandino si fuera solo. Yo, gracias a Ud., he aprendido a ser hombre y no me asustan las penalidades de la campaña. Mañana embarcaremos para San Lorenzo y de allí iremos a Choluteca».

También llegaron con el mismo objeto de embarcarse buscando el campamento de Sandino los jovencitos Antonio Boza y Atilio Gutiérrez. El uno de 15 años y el otro de 16.

(La Idea. Quezaltenango)

Noticia de libros

Música Sencilla. Poemas en prosa de BLANCA MILANÉS

No basta con que Costa Rica viva en paz civil y progrese más o menos aceleradamente para que merezca la unánime estimación extranjera. Cabe recordar aquí que este país ha logrado extinguir el caudillaje, que es rezago de barbarie, y el analfabetismo, que es el oprobio de tantas naciones de Europa y América. Las ideas han fincado allí su soberanía lícita. Sin embargo, hácese también necesario, indispensable, que con su literatura justifique perentoriamente su rango de nación culta. Los libros han sido en todas las edades los más altos exponentes y la más fiel comprobación de la cultura substancial en un pueblo. Pocos libros, en verdad, se publican en Costa Rica anualmente. Aunque esto es censurable, casi resulta una virtud, puesto que así no ostenta, por lo tanto, la fecundidad vergonzante de lo mediocre, que tanto abunda en España, en la Argentina, etc. Esta carencia de libros ¿implica falta de escritores o transunta parco pudor estético? No creo sea indicio de esterilidad mental, sino un innato prurito de buen gusto de sus intelectuales. Fenómeno más significativo en este país. Los pocos libros que se publican corresponden en su totalidad a nuevos valores literarios. Los autores «consagrados», para bien de ellos mismos, se abstienen de publicar. Con lo cual ganan en prestigio, en estimación otorgados por el tácito olvido de los nuevos; y, en fin, piadosamente nos privan de leer sus mamarrachadas actuales. Hacen bien en permanecer alejados en sus hornacinas de

silencio. Nunca mejor que ahora han demostrado su sapiencia. Estos señores venían dándonos el panorama de una Costa Rica literaria extraviada en un extemporáneo y adulterado clasicismo. Como si dijéramos, viviendo aún en la época del mirriñaque, ceñida aún por el corsé de barillas de ballena de la retórica.

¡Lástima que los jóvenes costarricenses publiquen tan poco, los jóvenes, que son los únicos que tienen derecho a publicar abundantemente, hasta el exceso! No cuentan con periódicos ni revistas,—si exceptuamos el *Repertorio Americano*— donde entrenarse categóricamente. ¿Acaso es que no sienten la necesidad de actuar en este ring espiritual? Y sin embargo, este ejercicio es el único que prolonga nuestra resistencia y a veces nos salva del knock-out del anquilosamiento, la chochez, el academicismo. No olvidemos que hay que lavar mucha arena para que queden unas pocas pepitas de oro. Sabido es también que sólo dando tropiezos se aprende a andar con soltura, con firmeza, con seguridad. Tropezar en caminos tortuosos, accidentados, es indispensable, casi necesario. En cambio en una llanura resulta hilarante. El arte, en sus plurales manifestaciones, es camino de lo más accidentado, peligroso. Por consiguiente, los primeros pasos implican caídas ineludibles. Esto lo tolera ampliamente el arte de vanguardia. Porque sabe que toda tentativa es un afán de superación. Pero cuando se llega a la senda lisa, trillada, la de lo clásico, de lo académico,

¿cómo disculpar un tropiezo, más aún, una caída? Por eso los seudoclásicos, los pseudoacadémicos usan inseparablemente la muleta del ripio, del lugar común, para simular firmeza en el paso.

Vivimos un inminente renacimiento artístico. A pesar de las alaracas pusilánimes de los loros-dómines que predicán reacción desde los cuatros puntos cardinales, con su treta utilizada no alcanzan a sofocar la voz enérgica de los jóvenes, y el arte nuevo, quiera que no, impónese en el mundo entero. ¿La juventud costarricense se alistará en las filas vanguardistas? ¿O se mantendrá, en solapada expectativa y a pesar de su imperativo de juventud, sin atrever a lanzarse por los toboganes de las inquietudes del día, como diría Ramón de Basterra? Enfoquemos uno de los noveles intelectuales costarricenses: Blanca Milanés. Su obra no responde, en ninguno de sus aspectos, a las modalidades de esta literatura revolucionaria. Pero tampoco es una obra vulgar. Hay en *Música Sencilla* cualidades intrínsecas que merecen estimación. A pesar de su estructura rutinaria, carece de ingertos retóricos, pero no alcanza tampoco una justa sencillez. (Sencillo lo conseguido con los menos elementos; es decir, lo neto, lo apuntado, lo sintético, lo justo. Juan Ramón Jiménez). Su prosa ondula con la gracia y levedad de un tallo florecido. No tiene la comba de la rama cargada de frutos. Esta gracia y levedad consti-

tuyen el encanto más femenino de los poemas de Blanca Milanés. Las posibilidades que hay en esta mujer para ser un gran escritor resaltan sin esfuerzo en éste su primer libro. Ha seducido el gusto artístico de Blanca Milanés el género literario que Baudelaire consideró como la máxima expresión y forma de la prosa lírica; y, según Oscar Wilde, el de más difícil realización: el poema en prosa. En castellano ha tenido escasos cultores. *El canto perdido* del argentino Pedro Miguel Obligado, es una de las tentativas de poemas en prosa mejor lograda en estos últimos años. En Costa Rica hay pulcros antecedentes de este género literario en el libro *Para los gorriones* de Rubén Coto. ¿Puede afirmarse que Blanca Milanés logra una cabal interpretación del poema en prosa? Los apólogos incluidos en *Música Sencilla* trasuntan cotidianas enseñanzas morales y a veces adquieren el carácter de exaltaciones patrióticas, como en *La raíz y el gusano*. A veces también su filosofía, que se acendrará con los años, resuma una suave melancolía que se manifiesta en ocasiones irónicamente, como en muchos de sus *Granos al viento*.

Por último, *Música Sencilla* está ilustrado con dibujos de Solano. Las ilustraciones sí que merecen franco reparo. Los dibujos no alcanzan a interpretar el espíritu de los poemas. Solano carece de imaginación. Su lápiz tiene trazos demasiado anacrónicos, rudos.

Eduardo Uribe

Buenos Aires, 1928.

La literatura de Costa Rica acaba de ser enriquecida con un elevado y nuevo libro de poemas en prosa, arrancado con manos acariciadoras de la naturaleza y de la vida. Su autora es Carlota Brenes Argüello, una joven e inteligente escritora costarricense, conocida y apreciada en las letras con el sonoro pseudónimo de Blanca Milanés.

Música Sencilla, es uno de los libros más bellos, fluidos y hechiceros de la cultura femenina indo-americana. Sus poemas son trozos de naturaleza y son pedazos de vida, de excelsa belleza espiritual. Literariamente este libro rumoroso de Blanca Milanés constituye una rotunda victoria intelectual y artística no solamente personal, sino de la capacidad estética e ideológica de nuestra mujer, en su despertar revelador.

Hace poco tiempo que Blanca Milanés viene escribiendo, haciendo de la prosa su predilección literaria y haciendo del poema en miniatura deliciosa su amor artístico. Blanca Milanés, la risueña pastora de Costa Rica, labra el verbo con la misma genialidad con que Benvenuto Cellini cincelaba el oro de

sus célebres joyas. Primorosa y sensitiva orfebre de la palabra y de la emoción es Blanca Milanés, rítmica y sugerente. Sus primeras producciones las leí, con mucho agrado, en las páginas del ilustre *Repertorio Americano*, una de las revistas de más sólido prestigio intelectual en la literatura indo-americana.

Sus poemas—esos poemas vividos de *Música Sencilla*—pueden muy bien compararse con los poemas en prosa del sutil Amado Nervo y de la serenísima Lucila Godoy (Gabriela Mistral...) ¡Cuánta sencillez y cuánta alma, cuánta armonía y cuánta emotividad hay en esos poemas de Blanca Milanés, tan vivos y tan dulces y tan delicados como los que escribiera el errátil Francisco de Asís, bajo los follajes de la Umbría y cerca del regazo de la fraterna abadesa Clara.

Acostumbrado a recias y hondas emociones, tanto carnales como espirituales, la lectura de *Música Sencilla* fué para mí como paréntesis de paz y de sonrisas puras, como una ebriedad de frescores entre los vendavales que sobrellevo.

¡Gracias, mi bella y generosa camarada, por el cariñoso envío que me ha hecho usted con su dulcísimo libro!

Los panoramas de *Música Sencilla* están ilustrados por uno de los más notables dibujantes centroamericanos, por Noé So-

lano, poeta de la línea delicada y expresiva, pero también agudo y temible caricaturista.

Música Sencilla, es un libro singular, esplendoroso y óptimo; y Blanca Milanés, una de las más personales y nobles escritoras indo-americanas.

Francis Laguardo Jayme

(El País. La Habana).

Rimadores y profetas

(Véase la entrega anterior).

SE necesita atrevimiento para lo que voy a decir; pero hélo aquí: aflige ver al genio hablando en verso. Por lo menos en la versificación moderna tiene la forma rimada y aun la libre no sé qué de artificio y de gimnasia propios del juglar, del trovero. El acertijo de las consonantes nos recuerda los juegos de salón en que luce la agudeza, la agilidad de la fantasía. Luego lo que es más importante, la cadencia nos deleita con su són, nos apega a la reja de la serenata, pero rara vez nos lleva hasta el cielo. Para eso se necesita que calle el trovero a fin de que hable Fray Luis:

Quando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado...

No se puede negar que hay casos en que la rima y la cadencia son como fórmula mágica única a propósito y la mejor posible expresión del estado poético. Ejemplo notorio de este prodigio es el estilo del Dante, que se pasó cincuenta años de genio puliendo el pensamiento de su Comedia hasta dejarlo expresado y de manera inmejorable en verso. Casi no conozco o por lo menos no reconozco otro caso en que se junten de esta suerte el pensador y el poeta. El gran poeta que es Shakespeare nos resulta como pensador, si nos lo ponen en prosa, menos que cualquiera de los buenos ensayistas filosóficos de Alemania. El pensamiento del poeta, despojado de las sonoridades en que se envuelve, rara vez escapa la suerte que tiende a confundirlo con lo que en in-

glés y en francés se llama *platitude*, es decir, cosa llana y corriente. Se perdonan estas platitudes, se olvidan casi del todo cuando la magia de la expresión alcanza proporciones de música del ánimo. Esto ocurre con Darío, a pesar de que en Darío casi no hay emoción, salvo la emoción refinada y sobrenatural de la magia eufónica. En Shakespeare la emoción desborda, pero acierta a cuajar en ritmos de poesía, por eso es por excelencia *el poeta*. Y el Dante, poeta y algo más. No ando a caza de teorías, señalo nada más estas observaciones de paso, para ayudarme a juzgar los versos de Martí.

Recojo algunos versos de la composición titulada *Yugo y Estrella*:

Este, es un yugo: quien lo acepta, goza.

.....
esta, que alumbra y mata, es una estrella.
Como que riega luz, los pecadores
huyen de quien la lleva, y en la vida,
cual un monstruo de crímenes cargado,
todo el que lleva luz se queda solo...

Leo todo este corto poema, a ratos un poco difícil de sintaxis y tras de un leve esfuerzo desentraño un pensamiento como ráfaga celeste. Hasta lo más hondo me siento traspasado por el destino, conmovido y aliviado después por la anunciación remota del final trascendente:

se enciende, como a fiesta, el aire claro, (etc.)

.....
Así nos ocurrirá a menudo leyendo a Martí poeta, que al paso de versos que parecen malogrados, de pronto el des-

tello se sobrepone al convencionalismo de la forma y nos desgarran, nos sacude y nos ilumina. Comparad esta estrella sublime con aquella otra estrella que porta en la mano nuestro Darío:

Yo soy aquel que ayer no más decía (etc.)

Veréis, no sé lo que veréis, lo que yo veo es una estrella de papel de plata sobre el azul celeste del escenario de la literatura. No nos podemos arrancar a la fascinación de aquél que por su garbo meramente externo, nos deja resonando su frase en el oído:

Yo soy aquél... y sin embargo.

La diferencia es patente y nos explica el destino diverso de las dos ilustres almas. Ya hay que hacer imágenes para darnos a entender: digamos que Darío es el monaguillo del señor; el que da vuelta a los cascabeles sonoros de la misa celeste; en tanto que Martí es uno de los que han de volverse lengua de fuego de la justicia.

Un pensamiento de ese género tiene su estilo propio; no desciende, no debe descender a la rima; por eso a ratos disgusta sentir a Martí haciendo versos; cuando el mensaje humano se acerca al Verbo, no le corresponde otra armonía que la que tiembla en la Biblia, en el libro de la Revelación. Más de Isaías y menos de Gutiérrez Nájera, eso imploramos para el alma heroica del iluminado poeta. A veces lo logra.

Mi mal es rudo; la ciudad lo encona;
lo alivia el campo inmenso. ¡Otro más vasto
lo aliviará mejor! Y las oscuras
tardes me atraen, cual si mi patria fuera
la dilatada sombra.

¡Oh verso amigo,
muero de soledad, de amor me muero!
No de amor de mujer; estos amores
envenenan y ofuscan. No es hermosa
la fruta en la mujer, sino la estrella.

.....
¡Te digo, oh verso, que los dientes duelen
de comer esta carne.

Es de inefable
amor del que yo muero, del muy dulce
menester de llevar, como se lleva
un niño tierno en las cuidadosas manos,
cuanto de bello y triste ven mis ojos...

No siempre pudo ser lo que era y no por culpa de él, por culpa de su raza, que lo negaba, lo desconocía y lo traicionaba. ¿Qué hacía aquel hombre en

Nueva York? ¿Por qué no estaba en México fustigando la injusticia, abundante allá como el fango en los pantanos? ¿Por qué no estaba en la Argentina? A Cuba fué a cumplir con su glorioso destino y los españoles le depararon lo que hace tiempo depara nuestra estirpe a sus mejores hijos: el cadalso. Para los asesinos suele reservarse el cetro. A México fué, ¿por qué no se quedó allá? ¿Y la fábula de nuestras hospitalidades? Probablemente le dieron algún empleo de juez en alguna aldea, como al insigne Heredia, o probablemente no le dieron ni eso, y sí le recomendaron que no abusara de la generosidad del gobierno para hablar en contra de España, con la cual estábamos los mexicanos "en buenos términos". Así de imbécil es la vida contemporánea. Como en el caso del gran Justo, todos en él pusimos nuestras manos. ¡Ay de los pueblos que destierran y asesinan a sus profetas!

Estaba Martí en el extranjero, en un país extranjero cerrado como una cárcel y mudo como Babilonia en el tumulto de sus lenguas diversas; no pudo, no podía echarse a predicar por los campos como San Francisco, o recorrer las ciudades agitando la opinión, como Madero. Con Martí cometimos el crimen máximo: echarlo de entre nosotros, allí donde no había pretexto para matarlo; en seguida matarlo cuando pisó la tierra que sólo por él se pudo haber salvado y que todos sabemos no se ha salvado!

Condenado, pues, al encierro de celdas y de salones, ese poeta de espacios, su arte, a veces, se adapta a las preciosidades y perfecciones de lo que ha de verse y palpase de cerca. La providencia se complace en el genio y sabe recompensarle de todo lo que los hombres le niegan. Yo no puedo sino imaginar el raudal de alegría que ha de pasar por el corazón del artista cuando compone versos como los que siguen:

Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

El lucero

David Hine (Costa Rica)

¡Recuerdas, por ventura, hermosa mía,
aquella noche silenciosa y bella
en que el fulgor de una apacible estrella
hacia los dos tranquilo descendía?

¡Cuántas veces después los nubarrones
eclipsaron su brillo de repente!
Aunque ella luce siempre refulgente
allá en la soledad de sus regiones!

Así también de nuestro amor, bien mío,
brilla el lucero en la borrasca y calma;
pues fija está tu imagen en mi alma
como la estrella en el azul vacío.

The bright star

David Hine (Costa Rica)

Oh, do you remember, my fairest,
That silent and beautiful night
When a peaceful star, far up in heaven,
Shone down on us, tranquil and bright?

How often, since then, the black storm clouds
Have hidden its lustre from view!
Yet still it beams glorious ever
In its solitude there in the blue.

So likewise, in calm or in tempest,
Dear heart, shines the light of our love;
For fixed in my soul is your image,
Like the star in the blue sky above.

Version by ALICE STONE BLACKWELL.

Eran de lirios los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda.

...Ella dió al desmemoriado
una almohadilla de olor:
el volvió, volvió casado:
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores:
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

...Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador:
el volvió con su mujer:
ella se murió de amor.

Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente, ¡la frente
que más he amado en mi vida!

...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

O bien estos otros, en que
se contiene toda la fascinación,
la voluptuosidad y la tristeza
del baile flamenco:

El alma trémula y sola
padece al anoecer:
hay baile; vamos a ver
la ballarina española.

soberbia y pálida llega:

Lleva un sombrero torero
y una capa carmesí:
¡lo mismo que un alell
que se pusiese un sombrero!

Se ve, de paso, la ceja,
ceja de mora traidora:
y la mirada, de mora,
y como nieve la oreja.

Alza, retando, la frente;
crúzase al hombro la manta:
en arco el brazo levanta:
mueve despacio el pie ardiente.

Repica con los tacones
el tablado zalamera,
como si la tabla fuera
tablado de corazones.

El cuerpo cede y ondea;
la boca abierta provoca:
es una rosa la boca:
lentamente taconeá.

Baila muy bien la española,
es blanco y rojo el mantón:
¡vuelve, fosca, a su rincón
el alma trémula y sola!

Suficiente para darnos cuenta
de las posibilidades de estilo
afinado, elegancia y gracia; en
unos cuantos años de poesía de
oficio, nos hubiera dejado vo-
lúmenes bastantes para acreditar
una esencia literaria y además
una buena porción de belleza.
Pero no se conformó con sus
versos. Su destino era todavía
más alto.

Tan sabía que su misión era
otra que, aun estando todavía
de poeta galante, escribió esta
orgullosa tirada:

Después de leer dos versos
de Ronsard:

"Je vous envoie un bouquet que ma-
[man]
vient de tirer de ces fleurs epanuies..."

Flores? No quiero flores! Las del cielo
¡quisiera yo segar!
Cruja, cual falda
de monte roto esta lengua veste
que me encinta y engrilla con sus miembros
como con sierpes...

Caiga, como un encanto, este tejido
enmarañado de rálces! Surjan
donde mis brazos, alas y parezca
que, al ascender por la solemne atmósfera,
de mis ojos, del mundo a que van llenos,
ríos de luz sobre los hombres rueden!

Y huelguen por los húmedos jardines
bardos tibios segando florecillas.
Yo, pálido de amor, de pie en las sombras,
envuelto en gigantesca vestidura
de lumbré astral, en mi jardín, el cielo,
Un ramo haré magnífico de estrellas.
No temblará de asir la luz mi mano!

No se concibe una condena-
ción más firme y más hermosa
de esa poesía literaria que llena
las épocas de decadencia y
mayor valor alcanza en labios
que podían divertirse hacién-
dola. Al alcance de su virtuo-
sismo pero muy abajo de su
gran alma. Con razón Gabriela
Mistral, cada vez que piensa
en Martí, dice: «Era el ángel»;
en efecto, una naturaleza de
arcángel.

José Vasconcelos

(Lecturas Dominicanas. Bogotá).

Abrimos un concurso

Estamos en condiciones de ofrecer dos premios:
de \$ 200 (\$ 50 oro am.) uno, y de \$ 100 (\$ 25 oro am.)
el otro, a los dos mejores artículos que nos lleguen
acerca de este asunto:

¿América para los americanos o América para
la humanidad?

Dentro y fuera del país, concurren los que puedan
y quieran.

El artículo ha de condensarse, más o menos, en
unas mil palabras.

Artículos no premiados que sean interesantes y
meritorios, nos reservaremos el derecho de publicarlos.
Se cierra el concurso el 15 de Setiembre próximo.
El jurado se nombrará oportunamente.

Los trabajos han de remitirse con las precauciones
de estilo en estos concursos.

Rep. Am.

Tablero

= 1928 =

Sentimos mucho que con el
número 12 cese de publicarse
Valoraciones, Revista bimestral
de Humanidades, Crítica y Po-
lémica, que, sin alardes, venía
editando El Grupo de Estudian-
tes RENOVACIÓN de La Plata.
Excelente revista, muy bien
orientada, muy bien trabajada.
Conservaremos, estimaremos en
justicia los cuadernos de *Valo-
raciones* que alcanzamos a re-
cibir; son tan escasas las bue-
nas revistas en nuestra América,
que duele de veras que se ex-
tingan. Lo mismo nos pasó con
Cuba Contemporánea.

Copiamos este párrafo de
Gabriela Mistral, en carta al
editor del *Rep. Am.*:

Le doy la buena nueva que ya
comenzamos este mes la Colección
de Clásicos Americanos en francés,
prohijada por el Instituto. La idea fué
de Belaunde; yo sólo soy la ejecutora...

**Las elecciones en Nicara-
gua.**—El mayor Le Jeune, jefe
de operaciones en la desventu-
rada ex-república de Nicaragua,
ha pedido 1,500 marinos más,
diz que para vigilar las elec-
ciones. En realidad, los millares
de marinos que se hallan tra-
tando de acabar con Sandino
desde hace más de un año,
no han logrado hasta ahora
sino sufrir descalabros. Por eso
se quiere aumentar el número
de soldados, para dar remate
a esta desgraciada empresa,
que la opinión pública de los
Estados Unidos rechaza.

Y en cuanto a las elecciones,
¿qué es lo que van a vigilar
allí los marinos americanos? Si
el pueblo nicaragüense tuviera
conciencia de sus derechos y de
sus deberes; si Sandino y el
grupo de hombres que le rodea
no fueran los únicos patriotas
de aquel país, podría realizarse
allí una jugada de consecuen-
cias trascendentales, y para la
cual ya se está haciendo propa-
ganda: boycotear las urnas.
No sufragar ni por ese triste
personaje que es Moncada, ni
por Chamorro, el traidor, ni por
ninguno de esos personajes que
se agitan en torno de la Casa
Blanca buscando apoyo. Qué
gran lección daría Nicaragua
dejando desiertas las urnas.
Esa sería una victoria más
grande que la que pudiera ob-
tener Sandino venciendo en una
batalla campal a sus adversa-
rios militares.

(El Tiempo. Bogotá).

Etimología.—El significado
primitivo de *arbor* (árbol) pa-
rece ser «lo crecido o alto».—
Cita del Dr. R. Leunz.

Referencia.—Si yo hubiera
leído *La caída de Babbulkund*
o *Días de ocio en el país del*

Yann cuando era muchacho, tal
vez hubiera cambiado a mejor
o peor, y considerado esa pri-
mera lectura como la creación
de mi mundo; porque cuando
somos jóvenes, cuanto menos
circunstancial, cuanto más lejos
está un libro de la vida vulgar,
más conmueve nuestros cora-
zones y más nos hace soñar.
Somos perezosos, infelices, exor-
bitantes, y, como el joven Blake,
no admitimos ciudad hermosa
que no esté enlosada de oro y
plata.—*Cita de W. B. Yeats.*

Señas de escritores:

Eduardo Villaseñor. Nuevo
México 101. México, D. F.

Dmitri Ivanovitch. Ap. 1024,
Panamá R. de P.

Arturo Capdevila Charcas,
779. Buenos Aires Rep. Argenti-
na.

Salomón Wapnir.—Calle Az-
cuenaga 1082. Buenos Aires.
Rep. Argentina.

Ernesto Montenegro.—17, Ba-
ttery Place. New York City.

Comprobante.—Recibí del
señor don Joaquín García Mon-
ge la suma de \$ 45.00 con que
algunos maestros de la Provin-
cia de Heredia han querido fa-
vorecerme.—(f) *Lilly Artavia.*

San José, 4 de julio, 1928.

Miss Alice Stone Blackwell,
americana del Norte, alma se-
lecta, comprensiva, y por lo mis-
mo, conciliadora, nos dice en
carta privada.

Would you care to publish an oc-
casional translation? I lately came
across a poem that pleased me, by a
Costa Rican poet, and I enclose an
English version of it. If you print it,
please send me several copies of the
paper containing it.

I have subscribed for *The Nation*
to be sent you, and several other pa-
pers, including *Unity*. Many of the
best men and women in the United
States strongly disapprove of our
government's policy towards Latin
America.

Yours sincerely,

ALICE STONE BLACKWELL

A honrar y enriquecer nues-
tras letras llegan estas dos
obras de que estamos siendo
editores en estos días:

Los dioses vuelven, por Ro-
berto Brenes Mesén. Un libro
de poemas que calan hondo;
inéditos.

El sentido trágico del Quijote
(Acotaciones y quijoteos), por
Rafael Cardona.

Ambos escritores costarricen-
ses cuentan por acá con simpa-
tías y diferencias, lo que hará
que sus nuevos libros sean muy
leídos y comentados.

Bibliografía titular

Libros y folletos recibidos en el curso de la semana:

Lauderino Moreno (Santa Engracia, 105. Madrid): *Historia de las Relaciones Interactuales de Centro América*. Prólogo de Rafael Altamira. Madrid.

Es la primera, esta monografía, de una serie de *Monografías Hispano Americanas*, de que es Director don Rafael Altamira.

Le Dantec, biólogo y filósofo, por José Ingenieros. I. Para una ciencia de la vida. Prólogo de Eduardo Carasco. 1928. Buenos Aires. Publicaciones del Circulo Médico Argentino y Centro Estudiantes de Medicina.

The sixth International Conference of Panamerican States. A survey. By James Brown Scott. International Conciliation, n.º 241. New York City.

La Presse et la Societe des Nations. Exposition Internationale de la Presse a Cologne. Mar-Octubre 1928. Section d'Information de la Societe des Nations. Geneve.

Ce que sont les Individualistes Anarchistes. La liberte individuelle, por Benjamín R. Tucker. Trad. de E. Armand. Orleans.

SOCIETE DES NATIONS.—*Le Desarmement et l'organisation de la Paix. L'Année de la Societe des Nations* (Octubre 1926-Octubre 1927). Section d'Information. Secretariat de la Societe des Nations. Geneve.

La locura del otro. Aquel otro. Mis emociones. Mis amores. Pausas. Mis Motivos. Yo. Por Luis Enrique Mármol. Caracas. 1927. Envío de la señora Mármol Infante. (San Narciso a Santa Inés, 67. Caracas. Venezuela).

Memorandum sobre nuestra antigua cuestión de límites con Honduras, por Marcial Prem. Guatemala, C. A. 1926.

Carta al Sr. P. de la R. Gral. Lázaro Chacón sobre la cuestión de límites entre Guatemala y Honduras. Por Salvador Falla. Guatemala, C. A.

Manuel Sanguily. (27 entre paseo y 2. Vedado. Habana-Cuba): *La bandera de Yara*. Habana. 1928.

Andrés Avelino (Colina Sacra. Santo Domingo, R. D.)—*La muerte de un padre*. En el 2.º aniversario de la muerte del Lic. Daniel D. Ramón.

C. Ruy de Castro (Asunción, Paraguay): *Las civilizaciones precoloniales del Perú*. Trabajo presentado al II Congreso de Historia y Geografía de América, reunido en Asunción, en octubre de 1926. Asunción 1928.

Bernardo J. Gastelum (México, D. F.): *La clase, arquitectura de la comunidad*. México 1928.

Alberto Aza Montero (Apartado 88. Manzanillo Cuba): *Ritmos en la noche*. 1927 Manzanillo.

Arturo H. Lara (San Salvador, El Salvador): *Montañas de Cristal*, San Salvador 1928.

Alberto Mostajo (Casilla 33. Puno, Perú.) *Cosmos*, Perú. XX A. M.

Juan Santamaría y el Libro de Defunciones de la Campaña Nacional. Estudio de Eladio Prado.

El caso de Nicaragua ante Hispano América. Voces autorizadas independientes en los Estados Unidos. La protesta constitucional. La voz del senador B. K. Wheeler. Publicado por T. Vaca Seydel. Philadelphia, Pa., U. S. A.

OBRAS ignoradas de RUBÉN DARÍO: *Emelina*. Novela en colaboración con Eduardo Poirier. Agencia Mundial de Librería. Paris.

El hombre hormiga (artículo sobre costumbres de Buenos Aires en 1838) y *El capitán de palacios*, por Juan María Gutiérrez. *Instituto de Literatura Argentina*. Sección de Documentos. Serie 4.ª. Novela. Tomo

I. Nos. 2-3. Buenos Aires. 1928.

El retroceso hacia la Colonia, por Carlos M. de la Cruz y *Los ideales del 95*, por Antonio Iraizoz. Habana.

José Guerrero: *Alfabetismo y analfabetismo en Costa Rica*. Según el Censo General de Población de 11 de mayo de 1927.—San José de Costa Rica. 1928.

Envío de don Tomás Soley Güell:

El crédito hipotecario de Costa Rica. Mecanismo de las operaciones. Controversia sobre su Ley de creación. Juicios sobre esta Institución. Resultado de su primer año de ejercicio. 1928. Imp. Lines. S. J. de Costa Rica.—*Exposición de la Memoria de la Secretaría Hacienda y Comercio*. 1927. S. José de Costa Rica.

De la Editorial Espasa-Calpe acabamos de recibir para la venta estas obras, muy interesantes:

Conde de Keyserling: *Diario de viaje de un filósofo*. Tomo I. \$ 9.00

Más que un político...

Más que un político, era Cánovas un estadista. Opongo esas dos designaciones como formas contrarias de un hombre público. Debería llamarse con preferencia, político al que somete su pensamiento y su conducta a una concepción ideal y progresiva del bien público, y estadista, al que tiende a reforzar, según medios variables y ocasionales, la institución del Estado. He aquí, en suma, opuestos, el idealismo y el realismo políticos, o, si se quiere, el evolucionismo y el conservatismo, en sus múltiples formas. La escuela filosófica y la histórica en la política.

* * *

Llegó un momento en que la verdadera capacidad de Cánovas, como gobernante y como hombre, fué sometida a una doble prueba capital. Estalló la guerra en las colonias. Cuba y Filipinas se levantaron en armas. Y en aquellos días de alta tensión nacional, cuando Cánovas pudo demostrar una clara visión del porvenir, iluminado por el precedente de la América hispana liberada; cuando pudo dar a su patria la gloria de un bello gesto libertador, que uniera para siempre en espíritu lo que materialmente se rompía, se obstinó en ensangrentar atrozmente los campos antillanos y filipinos, repitiendo el estéril grito de Pitt ante la rebelión de Norte América: «¡El último hombre y la última peseta!».

También entonces se opuso, gloriosamente, a la suya la personalidad de Pi y Margall, y el hombre de la República, que parecía predestinado a cultivar el jardín engañoso de la popularidad, fué el que supo arrostrar el improperio de las turbas ignaras para dejar a la posteridad, como vínculo supremo entre los dos Continentes, la gloria de una gran voz española de fraternidad con la causa de los libertadores. Y esa contraposición de dos espíritus tuvo un momento trágico: fué aquel en que Pi, que nunca había pedido merced al régimen monárquico, abandonó su austera reserva para pedir el indulto de un glorioso reo: Rizal. Quiso evitar al estadista, a su pueblo y a su régimen una mancha histórica, que no podrá ser borrada jamás por el olvido piadoso. Y Cánovas, secamente, se lo negó, dejando caer sobre la estela de su paso por la Historia aquella sangre mesiánica, sangre de fundador.

Gabriel Alomar

(La Libertad, Madrid)

Hegel: *Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal*. Tomo II. . . . 9.50

La traducción española de estos libros es un verdadero acontecimiento intelectual.

Luis Araquistain: *La agonia antillana*. El imperialismo yanqui en el Mar Caribe. 3.50

Julio Camba: *Sobre casi todo* 3.50

Ernst Kretschmer: *La histeria* 3.50

José M.ª Salavarría: *El muñeco de trapo* 3.50

J. Alvarez del Vayo: *La senda roja* 3.50

Dos obras más, muy recomendables para el maestro estudioso:

Ad. Ferriere: *La educación en la familia* 2.50

Víctor Masriera: *Manual de Pedagogía del Dibujo* 1 vol. pasta 5.75

REVUE DE L'AMERIQUE LATINE

Aparece el 10. º de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispano-americanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosa y de variada, índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero: (Países que concedieron la tarifa reducida): un año \$ 240 o £ 0-10-0

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración, 4. Boulevard 8 de Courcelles.—Paris (17.º).

Nosotros

Revista mensual de Letras, Artes, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI - ROBERTO F. GIUST

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO

Oficinas: LIBERTAD N.º 747.

Exterior..... » 8.00 dólares

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: \$ 6.000 oro.

LEYENDO las páginas llenas de donosura y de ceñida observación del niño que nos ha dado Georges Duhamel en *Los placeres y los juegos*, yo me acuerdo de la eficacia, tan olvidada en las mecánicas y mecanizadoras Escuelas Normales, de los libros complementarios.

Cada vez que salgo de una de estas lecturas fertilizadoras del corazón y que excitan a los actos inmediatos de bien, yo deseo hacer lo de antes: juntar al grupo de maestras que, si no lee, puede oír leer y comentar, o que lee y gusta de confrontar lecturas por goce de la vivificante frotadura de las opiniones de donde salta la buena llama. Ya no tengo ese grupo con nombres precisos y domicilio escolar conocido; pero me queda otro para el que escribo la mitad por lo menos de mis articulejos, que no pasa de diez compañeros, que anda repartido y me cuesta juntar, alguno en Colombia, alguno en el Uruguay y el doble en Chile probablemente...

Muchas veces hablaba yo al otro que ya no tengo, de los libros complementarios. De los de texto no tenía para qué hablarles: bien se los sabían y bien los manejaban.

En éstos alimenté yo toda la juventud; de ellos saqué lo que los libros de texto no me supieron dar: la pasión de la tierra, el entusiasmo—un poco místico como de rama de magia—de la química: el fervor que me ha calentado toda la juventud, de las vidas heroicas; la fiesta de la geografía en que, sin saberlo, me preparaba al errantismo.

Se siente en los maestros nuevos una acción violenta contra el libro de texto, por amojamado y antidinámico. El niño lo lee con fastidio, dicen: escrito en definiciones y fórmulas, casi es la segmentación del código: no le punza la imaginación, no le da impulso de búsqueda ni le ofrece goce.

Yo creo que la reacción va lejos. El libro de texto—botánica, zoología, geografía o pedagogía—cumple su oficio de proporcionador de síntesis, de ordenador de los conocimientos, de socorro para exámenes laboriosos y muchas veces de relleno de los huecos de descuido que deja en su materia el maestro, aún el bueno. Únicamente que administrado solo, tiene las propiedades astringentes de la corteza de la granada... O, en lenguaje de médico naturalista, no nutren, a la manera de los alimentos desagradables, porque no excitan el paladar y no han sido largamente gozados por la lengua como el alimento delicioso.

El libro de texto, que puede resolverse en un cuadro sinóptico, sirve para clasificar y jerarquizar. Lo que él no da debe estar en la clase, y si el maestro—como el caso abunda—fuese solamente un parto seco del mismo texto seco, no hay más refugio para el pobre niño que ha caído entre Caribdis y Scilla,



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Libros escolares complementarios

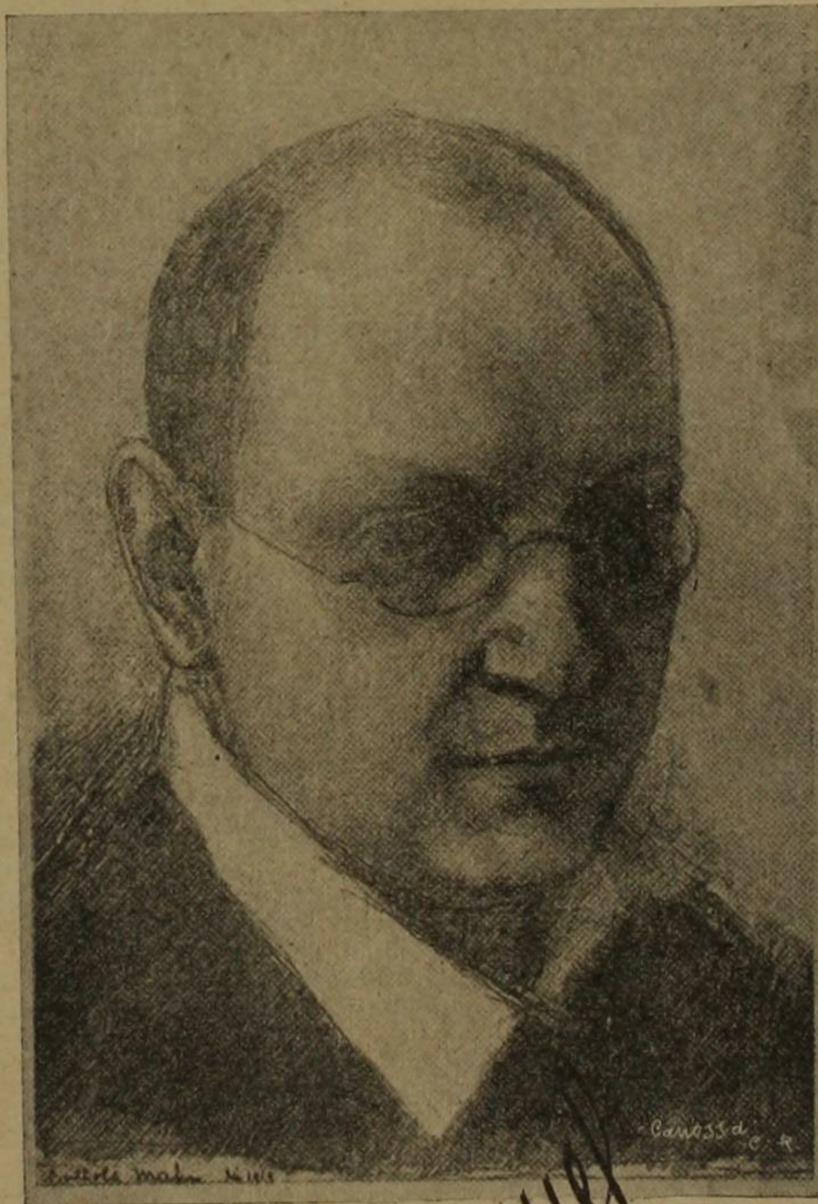
=De *El Mercurio*, Santiago de Chile=

que los libros complementarios.

Si se hiciera a sabios y a patrones de empresa una encuesta sin obligación de respuestas firmadas, que se rehuyen por cortesía al maestro A. o B. sobre cómo despuntó su vocación y en qué clase fué alimentada y regalada, se tendrían sorpresas. El explorador fué mal alumno de geografía y encontró en Mayne Reid su excitador de hazaña. El naturalista se dormía y tenía hasta sueños con alegoría sobre el banco y un pobre Buffon de tres pesetas le puso la brasa de su pasión futura. Tal nove-

lista nació en las fábulas de su abuela analfabeta. Los niños de hoy se desquitan en Favre, el perfecto contador de la «tierra de sepulcros» que suele caer de la boca de su maestro de escuela.

Deben hacerse, pues, y bien poco cuesta, en torno del libro de texto, unos veinte artículos de lectura fertilizante. Muchos de esos libros pertenecen a aquellos que los enjutos directores de Normal llaman «pueriles». Para curarles la petulancia habría que conversarles de las cosas pueriles de que se vive. Un paseo al buen sol de prima-



Georges Duhamel

vera, por un camino rural o una playa no urbanizada, es puerilidad pura y da, sin embargo, una mente jovial para el día entero, cura la ictericia del ojo hastiado y afloja la boca apretada del fariseo.

Yo deseo ahora hablar solamente de un grupo de libros que podría arrojarse al texto de pedagogía para bien suyo e higiene mental de los estudiantes envenenados de abstracciones.

A los dieciséis años—edad de entrada a las Normales—una niña no entiende la pedagogía escolástica: los niños son para ellas—se lo he oído a varias—una bestiecita saltona, sucia e impertinente. Las mejores, cuando han tenido hermanos pequeños, saben jugar con eso que brinca y grita sin sentido. De este modo la psicología abstracta, de sentencias o de experimentación presuntuosa que le dan, no se le funde con el niño que ella ha visto. Recibiría mejor en el primer tiempo una psicología anecdótica, especie de cinta viviente de los gestos y las actitudes del niño. Por otra parte, las Normales caen directamente en la observación chistosa y verídica de Wilde: «Se quiere amoblar el alma del escolar antes de que éste tenga alma»: es decir, se busca amoblar el vacío...

O interesa el niño como conocimiento puro, a muchachas excepcionales en que exista de modo natural la curiosidad científica, o puede interesar a casi todas como objeto de afección. Yo creo que las mujeres empezamos por querer a los chiquitos y acabamos por entenderlos, o no los entendemos nunca, pero los servimos por amor. Luego, las Normales que no han de olvidarse de que están haciendo mujeres antes que callados buzos de introspección, han de ponerse a crear la pasión del niño en las mujercitas que van a manejar criaturas durante el día entero, niños de escuela primaria, sacados, como quien dice, de las rodillas de la madre.

Yo siento una repugnancia que me crece con los años, por el técnico de las escuelas que aprendió a marcar las líneas de la fatiga en el escolar, y que no sabe ni quiere inventarle un juego ni servirle con la sencillez humillada y divina de las viejas comadres criollas.

Los libros complementarios de la estudiante de pedagogía (no se me escandalicen las profesoras puritanas), son las novelas sobre la infancia. La literatura se nos ha llenado, y en buena hora, de ellas.

Renán escribió sus minuciosos y algo secos *Recuerdos de Infancia*. Anatole France, que llevó su don Omnipresente de gracia a tanta bellaquería sucia, dejó dos libros donosos con las imágenes de sus siete años. Romain Rolland ha hecho en *El Alba* la novela de infancia que yo me releo cada tres años,

(Pasa a la página 30)

ESTABAMOS acostados en las sombras, leves y movedizas, de las acacias, cuyo ramaje desmayaba por la graciosa pesadumbre de la flor.

Era en la soledad de la siesta. Veíamos caer alas secas de flores, y quedaban sobre nuestras frentes, o nuestras ropas, o en la tierra, y aquí las invadían prontamente las hormigas, que luego las dejaban; entonces venía algún codicioso gusanito; cerca de la marchita blancura se detenía, como acometido de súbita desconfianza. Nosotros no distinguíamos los ojitos del insecto; pero su formalidad humana, su incertidumbre, sus anhelos nos hacían verle ojos y hasta lentes.

Las flores no tenían el olor que ofrecen en la frescura de la tarde, olor místico, de novia besada, sino casi olor de bancal de hierba caliente. Mirando a lo alto del cielo parecían colgar con dulzura los racimos nevados y en el íntimo y delicioso claustro de las hojas sonoreaba un estremecimiento de abejas.

Esperábamos en las afueras de la ciudad un carruaje, porque nos marchábamos a un pueblecito y bajo las acacias nos acostamos porque había sombra. Delante comenzaba el mar, de aguas quietas, fundidas en lámina pálida como tendida niebla.

Crujió la tierra a nuestra espalda y dijo una vocecita:

--¡Mérquenme este cuévano!

Y una rapaza nos presentó un hondo cuévano de mimbres aún verdes.

Era talludita y estaba pañosa, tostada y descalza; su cabeza redonda, cortados los cabellos, quizá por reciente mal, parecía de esclava.

Teníamos algunos menudos y pudimos socorrerla humildemente; pero el cesto no se lo compramos.

—Hace ahora mucho sol—le dijimos—, y todas esas casas campesinas miralas cerradas; por el camino no pasa sino algún perro vagabundo, y en la playa, solos están esos viejos barcos negros, rendidos sobre la arena. ¿Quién puede comprarte el cuévano?... Quédate a nuestra sombra.

Nos miró la muchacha y sentóse en la tierra como una niña árabe. Entonces reparamos más en sus pies, pies de caminante, agrandados y rudos, con costras de polvo y de jugos de hierbas.

Apareció un insecto, muy grave, grueso, de patas sutiles, con negra vestidura reluciente. Andaba despacio, pesado, como reflexivo, y nos recordaba algún conocido nuestro, respetable varón que aparentaba maquinizar profundas, y es posible que no piense ni haga nada. Un grano de semilla, caída del árbol, hizole parar; luego tuvo desasosiego; sin embargo, debió recibir muy gran contentamiento, según se frotaba las manos, es decir, los hilillos de sus palpos, y quedó meditando, meditando.

La rapaza tomó una aguda pedrezuela; hundiósela por la espalda, y el desdichado amigo nuestro crujió y se tumbó, reventado.

—¿Por qué has hecho ese mal?—le preguntamos.

Nuestras palabras le dieron asombro. Hizo luego con su hocico una mueca de que le tenían sin cuidado, y nos volvió la espalda.

—Has matado—seguimos diciéndole.

—¿Queeé? Pues ¡güeno!

Y movió despectiva sus hombros miserables, delgaditos como alas de pájaro desplumado.

—Mira; aún está vivo; ha temblado ahora... Miralo.

—¿Queeé?

Y no lo hizo.

—¿De dónde vendría esta criatura!

—Tú vienes de muy lejos, ¿verdad?

—¿Queeé? Del hostal de *ahi*.

—¿Del hostal!... Ignoramos por qué ilusión apetecíamos que llegara la rapaza de lo remoto, y sólo venía de una posada cuyas torradas paredes veíamos desde nuestra sombra.

—¿Pero serás de algún pueblo muy apartado?

—¿De qué?

—¿Qué de dónde eres?

—¿Queeé? Pues de Villena.

—Villena, lugar de esta misma provincia! ¡Es verdad; su habla era de Villena! ¡Tampoco de pueblo lejano!

—¿Tienes padres?

—¿Queeé? Padres..., padres..., lo que tengo es madre y hermanos grandes.

Contestaba siempre: ¿Queeé? Y esto podía ser constante recelo de criatura acechada por la madre y los hermanos grandes, y malicia para urdir la réplica. ¡Pero si en vez de la íntima y obscura vida de abandono y sufrimiento que imaginábamos, la querían tiernamente los suyos porque era la pequeña, pícara y enfermiza, y el ¿Queeé? no manifestaba miedo o espacio para aperebir la defensa, sino sencillo vicio de lenguaje!

—¿No venía de una próxima posada y era solamente de Villena?

—¡Pero qué importaba que llegase de un hostal vecino ni que procediese de Villena para que esta criatura tuviera un alma todavía apretada, cerrada en capullo de vida, en el que pudiéramos

La niña del cuévano

= Del tomo *Del vivir, Corpus y otros cuentos*. Biblioteca Nueva. Madrid =



entrarnos a gustar mieles silvestres de ansiedades!

El dolor, el placer, los anhelos pasan profundamente, como ríos sepultados por estas vidas humildes, y aunque ellas no lo sepan, aunque no se den cuenta, sienten ciega- mente sus ondulaciones bravías, y sus riegos dichosos, y sus ruidos torrenciales... No; no nos apartemos distraídos; alumbremos estas aguas del Misterio.

Y nos quedamos contemplando a la rapaza.

—¿De modo que vives con tu madre y tienes hermanos grandes?

—¿Queeé? Hermanos..., hermanos...; hermana dirá usted, pues que el hermano ni tan siquiera sabemos si es vivo o muerto, que se marchó más lejos de la mar...

Y su bracito quedó alzado, perfilándose la miseria de su delgadez sobre la dormida marina.

—¿Y tu hermana?

—¿Queeé? Está mala en la cama con un crío.

—¡Ah! Es casada.

—¿Queeé? Da igual.

—Tu cuñado es muy bueno contigo, ¿Verdad? Tú serás como una hermanita chiquitina suya.

—¿De qué?

—Quiero decir si te quiere y protege. Tú arrullarás a su nene, y cuando el padre os vea jugar como hermanitos, figúrate ¡qué contento tendrá! ¿Qué te parece?

—¿El qué? ¡Pero si el cuñado está preso!

—¡El cuñado preso! ¿Qué hizo? ¿Mató?

—¿Queeé? Matar no mató a nadie; pero se riñó con otro hombre de Villena...

—¿Y se hicieron daño?

—¿Queeé? Daño..., daño... Es que el otro vino a morir del resqueño de la pendencia, según me creo.

—Bien puedes querer a tu hermana, porque es desventurada mujer.

No contestó la niña del cuévano.

—¿La quieres con toda tu alma?

—¿Queeé? Yo, no, señor.

—¡No la quieres, no te da lástima!

Aquí tampoco respondió la rapaza.

—¿Y su criaturita?

—El crío siempre está pero que llorando.

—¿Y la pobre de vuestra madre?

Reclinóse la niña del cuévano sobre sus brazos como en dos puntales, sus manos hendieron el polvo, y sus labios y sus ojos hicieron visaje de frialdad y desprecio.

—¿Es que no quieres a tu madre?

—¿Queeé? Yo, no, señor; que tampoco ellas me quieren a mí.

—Mira: sois pobres y tenéis tan mala ventura que ni siquiera vivís en hogar vuestro y vais errantes como los ganados, de refugio en refugio, de préstamo, de pasada. Pero tú fijate cómo en los ganados se solicitan y quieren las reses, que cuando andan o sestean en sitios descubiertos, sin sombras de peñas ni de árboles, el vientre de cada una, de cada cordero, protege del sol la cabeza del otro hermano, y están amorosamente reunidos. Ya vez si se quieren y ayudan...

La niña del cuévano se había erguido, y atendía muy quietecita.

Esto nos ánimo grandemente. Recordamos una de las primeras máximas de la *Introducción y camino para la sabiduría*, de Luis Vives: «Procure siempre lo bueno y hulla de lo malo, porque la costumbre de hacer a la continua bien se le volverá en naturaleza».

La tuve siempre por muy sana, consoladora y verdadera doctrina. Sí; podemos engendrar la perfectibilidad, llegar a hacerla *fisiológica*. Y no hay mejora más bella y santa que el amor. Y pensamos en esa tarde que era bueno llevar al amor un alma reciente, tierna, que podía prenderlo en otras, creando una costumbre de amor que alcanzase a ser herencia y naturaleza.

Por eso le decíamos a la niña del cuévano:

—Pues vosotros deberíais quereros. Amar da alegría. Si os quisiérais y buscárais el abrigo del corazón, como los corderos, el vientre del que está a su lado, no sufriríais con tanta crudeza los rigores de vuestra vida...

Nos contuvimos un momento porque no pareció que habíamos razonado a lo predicador elevado y solemne.

Pero la niña nos escuchaba afanosamente. Algunas palabras nuestras la hacían parpadear, y luego sus pupilas quedaban inmóviles, fijas en nuestras labios. Y esto, separadamente de la intención que nos inspiraba, casi nos envanecía... Y seguimos:

—Tú dices que no te quieren mucho, ¿verdad? No te importe.

Quiere tú, y producirás, y descubrirás la ternura en el fondo de las almas de tu madre y de tu hermana, como en una mina...

—¿De qué?

—Lo que yo quiero decir es que tú puedes enseñar a querer

entre los tuyos, y a ti se te debería la paz y la dulzura en vuestra familia. Empieza a amar, y serás amada; yo te lo prometo, y cuando seas madre, tus hijos...

No terminamos, porque la rapaza se levantó.

Nosotros estábamos conmovidos, alborazados. ¡Habíamos redimido un alma del pecado de no amar! Vimos a la pobre niña transformada...

—Sí, sí; ve, corre a los tuyos—exclamamos—, y ama, ama siempre!

Entonces la redimida acercóse a nosotros y, vibrante de enojo, nos gritó:

—¿Pero me merca usted el cuévano u qué?

Y sus pies aplastaron un hervidero de hormigas que sepultaban al negro y gordo insecto desgarrado por la piedra...

Gabriel Miró

1901.

Obras completas de Gabriel Miró

BIBLIOTECA NUEVA. Madrid.

Del vivir.—La novela de mi amigo.—Las cerezas del cementerio.—Dos novelas.—El abuelo del rey.—Libro de Si-güenza.—Cuentos.—El humo dormido.—Nuestro padre San Daniel.—El obispo leproso.—Años y leguas.—La hija de aquel hombre.

Colección de estampas viejas:

Figuras de patriarcas y jueces.—Figuras de reyes y profetas.—Figuras de Bethlem.—Figuras de la Pasión del Señor. I.—Figuras de la Pasión del Señor. II.—Figuras de discípulos.—Figuras de santos.

Sandino

=De Patria. Santo Domingo. R. D.=

SANDINO no es una reacción continental sino individual. En cambio, ametrallar a Sandino no es acción particular del gobierno de Coolidge sino colectiva y rigurosamente histórica y tradicional del pueblo yanqui: el último disparo de éste en las selvas hispanoamericanas, sólo anunciará la clausura del ciclo que se abrió con el primer disparo contra los pieles rojas.

La América española respalda a Sandino indignamente. Versos y entusiasmo verbal, vanos rezos, furtivas lágrimas... Hispano-América se queja como mujer de la desgracia de Nicaragua; como mujer, siempre que esa divina mitad del género humano no esté representada por las sublimes excepciones que se llaman Gabriela Mistral en letras, María Trinidad Sánchez en martirio, o Isabel Primera en realeza.

No! No es desahogando en verso y prosa su indignación y su dolor, ni fundando Apras y Ucsayas impotentes, como debe defender el hispano-americano, en esta hora aciaga, su derecho. La juventud ha de organizarse urgentemente para estas dos solas y únicas cosas: para acabar con los gobernantes hispanoamericanos adictos al imperialismo nórdico y para ayudar efectivamente a Sandino en los campos de batalla.

Nicaragua es corazón, alma, mente y brazo hispanoamericano. La libertad, independencia y soberanía de Nicaragua implican la libertad, independencia y soberanía del mundo español en América. Santo Domingo, ¿qué digo?, ninguna nacionalidad indoespañola tiene derecho de existir, si Nicaragua deja de ser libre, independiente y soberana.

El único estiercol que hace florecer el árbol de la libertad es la sangre. Desde las humildes columnas de Patria apellidado por una Legión Hispano Americana destinada a combatir por la libertad de Nicaragua. La República Dominicana, la antigua Española, cuna de América y madre fecunda en héroes, está llamada a dar ejemplo: por iniciativa particular debe salir de su seno una manga de valientes que inscriban honrosamente el nombre dominicano en el libro de oro de la independencia centro americana. ¿Dónde está el nuevo Máximo Gómez que vaya a auxiliar a Sandino en su libertadora empresa?

En desacuerdo con Ugarte, Vasconcelos y Araquistain, no creo en la opinión pública norteamericana cuando se trata de hacerle justicia a Hispanoamérica. El pueblo de los Estados Unidos es el más egoísta y utilitario del mundo; su animadversión contra lo indoespañol es absoluta y su prejuicio racial, implacable. Nada que implique justicia o desagravio a la América española, o un interés bien entendido de ésta, será acatado por el pueblo norteamericano, si está en pugna con el interés o amor propio de los Estados Unidos; sin que pueda inducirme a engaño la hipócrita actitud protestante, de parte de algunos de sus escritores, ante las groseras embestidas imperialistas de los Knox, de los Kellogg, y otras figuras representativas de los instintos ciertos del alma popular. Allí no existe una minoría idealista, y *The Nation*, por ejemplo, no cuenta ni pesa en el sempiternamente sórdido y agresivo ánimo público.

Lejos de mí, sin embargo, el propósito de echarles toda la culpa de nuestra desventura a los Estados Unidos: la tienen, también, y no en pequeña parte, nuestros caudillos, esos que con nombre de presidentes, entregan sus pueblos, maniatados, al presidente yanqui, caudillo de caudillos.

Contra esos caudillos, pues, que se pleitean el derecho de amordazar a su pueblo y venderlo a los Estados Unidos por un puñado de mando y por un bastón de plata, contra ese imperialismo que rompe brutalmente por leyes, principios, instituciones, religión y tradiciones hispanoamericanos, arrastrado por insaciable sed de oro; contra los políticos criollos incapaces de repuntarse con la Casa Blanca ni de volver nunca por los fueros de su patria; contra los mal llamados ciudadanos de todas estas repúblicas, que viven adheridos al pegujal de su interés privado sin preocuparse y aún con menoscabo del interés general; contra ese cúmulo de males y esa muchedumbre de malvados debe alzarse indignada la juventud de la América de Bolívar, San Martín, Sánchez, Juárez, Morazán y Martí, abrazándose a Sandino, capitán y príncipe de la nueva Independencia hispanoamericana, el cual solamente requiere, como Milciades, un pequeño ejército aguerrido para derrotar a los modernos persas.

No son número, riquezas ni cañones sino corazón y genio, los triunfadores en todas las contiendas pasadas, presentes y futuras. Las posibilidades que

hay en la inteligencia, valor o dignidad de un solo hombre no pueden ser medidas por cifras ni por líneas. Shakespeare pesará más que el imperio de la India en el destino de Inglaterra, y acaso sean los santos, como en un magnífico discurso lo profesa Vázquez de Mella, los verdaderos gobernadores del mundo. Las ciencias son cosa limitada; y ello explica los vuelcos de los imperios en la historia, la alta, honda y suprema dirección de las minorías sobre las masas y el misterio y milagro que, rompiendo la tesitura del cantollano en la naturaleza, prorrumpen gloriosamente en la vida humana.

La juventud tiene en sus manos la destreza de David; en sus cabellos, la fuerza de Sansón; es árbol lleno de vigor y lozanía, de savia generosa y ardiente, proveedor de mazas para Hércules. ¿Dónde están los heroicos jóvenes de Santo Domingo? ¿Dónde, los descendientes de aquellos lanceros, vencedores de Cromwel en 1655? ¿En cuál recodo del disimulo, en qué matorral de las conveniencias, se ocultan cobarde y miserablemente?

Si un puñado de recuerdos, piedras preciosas de la historia o hermosas coronas de inmarcesible laurel, pudiese enardecer su ánimo y fortalecerlo, yo les recordaré en dura prosa, mientras comparece el poeta, los grandes sucesos de los antiguos griegos y romanos, el levantamiento incomparable del pueblo español en 1808 y de nuestros propios antepasados las proezas.

Américo Lugo

Quien habla de la

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada,

Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Visitas literarias

Gabriel Miró

El arrabal del sur no prescribió la muerte del Señor hasta las cinco de la tarde. A las cinco sonaron sus sirenas de despedida, sus adioses a todo trabajo. Poco después empezaron a alumbrarse faroles de las calles, como candelas en velatorio. Y a desfilar obreros hacia centros vitales de la urbe. Y a quedar el paisaje extrarrabal como un asunto místico sin figuras. Vallas, carteles rotos, solares, acacias, ropa tendida, llanura, cielo rosa. Y a lo lejos bocinas como ayes de níquel en el aire, y timbres del tranvía como sollozos de metal hacia estrellas.

Con estos leves indicios, el alma, exigente de concordancias, buscaba por todas partes de este arrabal, donde apacentar ansias solemnes de conmemoración cristiana. La muerte del Señor era una cuestión de simple domingo en este arrabal. Paz y bares. Soledad y taberna. Tristeza amarilla de crepúsculo y taxis. Locomotoras inexorables en fuga puntual. Limpia-botas en plazas. Cerveza y marisco.

¿Qué hacer? Sin óleo, sin campanas, sin tinieblas absolutas... Pues eso: breve peregrinación: aquella casa en penumbra: visita pastoral al recatado: consulta de sibila.

—¿Gabriel Miró?

Gabriel Miró, en veste doméstica, estaba rodeado de familia y familiares. Como un patriarca. Parecía consolarse de la muerte de Dios apretándose, a esas horas, con los suyos, anudando más fuerte el cingulo de la existencia, evitando pensamientos eternos y anonadores a fuerza de afectos cercanos e inmediatos.

(¿Es Miró un místico?)

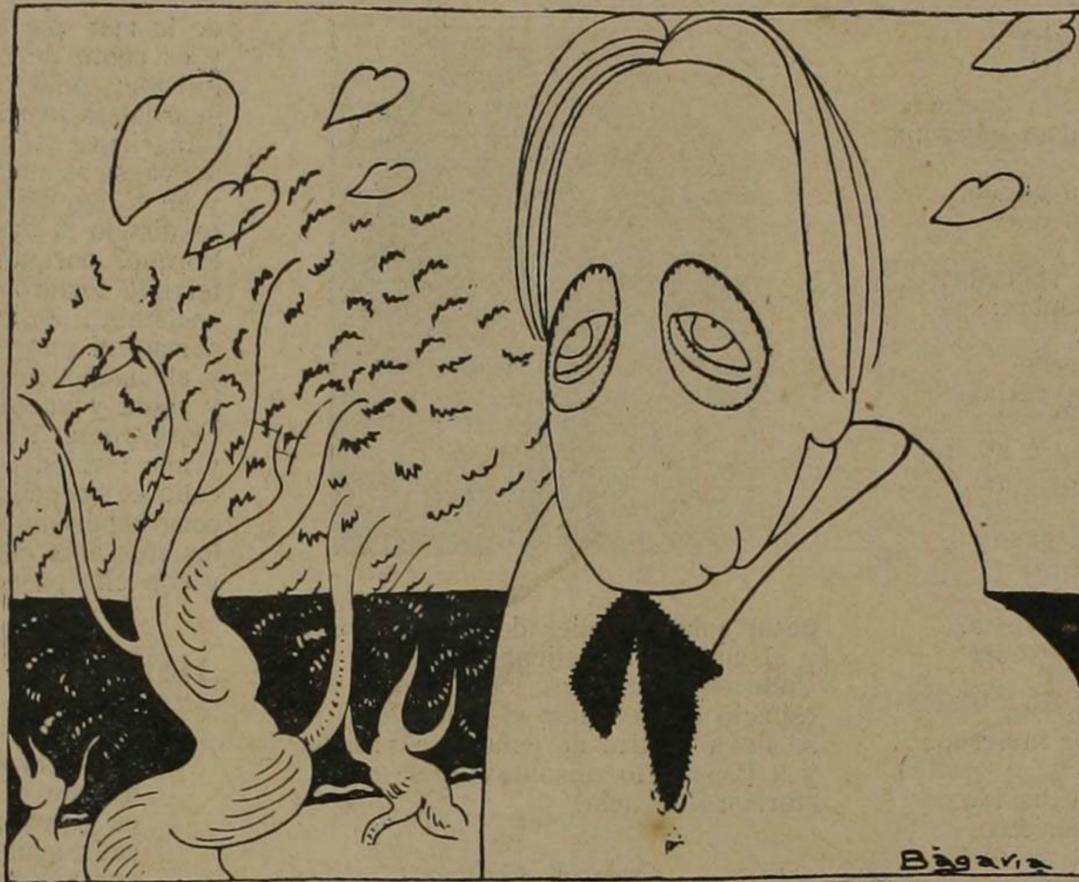
Desde luego, lo que es Miró: un fervoroso.

No sólo yo había buscado refugio de fervor en Jueves Santo cerca de Gabriel Miró. También Pedro Salinas. Otro fervoroso, que acude frecuentemente a Miró como para testimoniarme su «renacimiento» en la nueva literatura. Salinas y yo encuadramos a Miró como dos interrogantes amistosas.

Los dos le preguntamos sobre temas accidentales: su nueva edición de *El obispo leproso*, agotada la primera. Sus gustos de pintores levantinos.

Salinas—delicado—vió en mí un cierto celo de preguntas más sistemáticas y decididas, y nos abandonó respetuosamente.

Mientras Miró despedía a Salinas yo despedía una curiosidad largo tiempo contenida sobre



Caricatura de GABRIEL MIRÓ, por Bagaría.

Gabriel Miró: su utilaje de construcción. El porqué de su vuelta a los primeros valores de la literatura actual.

No tardé mucho en satisfacerme. La librería de Miró era un auténtico taller. Un foco de constructivismo. Nadie quizá en España, con el *seminario* de poesía bíblico atesorado por Miró en su propia casa. Al pronto, más de un sabio orientalista que de un poeta se hubiera dicho su laboratorio. (Este sentido del laboratorio, de lo no impresionista, es lo que le vale el respeto de la juventud). Sólo viendo su escenario inspirador podía comprenderse la solidez de su inspiración, la calidad patentada de sus arquitecturas.

Cuando nos volvimos a enfrentar Miró y yo pude preguntarle ya unas cuantas preguntas exactas:

—Miró: en usted hay una corriente natural y otra cultural hacia la Biblia, ¿no es cierto?

—Es posible.

—Yo creo que es indudable. Sus orígenes levantinos sé que le hablaron desde muy pequeño con atracciones evangélicas.

—Es verdad. De niño yo abrumaba a mis padres a que

me relataran historias de santos, escenas de la Escritura. Luego, de mayor, la contemplación de mi mundo local me empujó a considerar como eternidades mis raíces natales. Mi paisaje era el de mi padre, el de mi abuelo, el de mis antecesores. Aquello que mis ojos veían lo habían visto todos los de mi misma sangre. Y si esta sangre tenía algo de semita, como la tierra de mi tierra algo de Jerusalén, comprenderá mi vocación por la literatura bíblica.

—Pero, a pesar de esta tendencia biológica, ¿no hubo en su vida un hecho cultural decisivo que le encauzara?

—Desde luego: mi permanencia en Barcelona con los capuchinos y nuestra común tarea en el ensayo de un Diccionario sagrado, al frente del cual estuve como técnico.

—¿Su primera figura bíblica se publicó tras este hecho?

—Sí. Aun cuando algo sobre Job tenía ya escrito.

—¿De modo que su literatura religiosa se fraguó en esa zona mediterránea, cuyos límites fueron Alcoy-Barcelona?

—¿Pero por qué insiste sobre este aspecto parcial de mi obra? *Sigüenza*, por ejemplo, creo que tiene tanto interés como mis escritos sobre la Pasión.

E. Giménez Caballero

(El Sol. Madrid).

—Ya lo sé, Miró. Pero es Jueves Santo.

Miró se sonrió y se conformó a la fecha. Hasta el punto de indicarme:

—Salinas ve en mí un heredero de los imagineros medievales.

Yo reflexioné esta opinión y la puse en atenta crítica.

—No creo que sea su técnica, ante todo, la del imaginero. Precisamente: pienso que sea la contraria. El imaginero estofaba sus bultos envuelto en una corriente colectiva, por *encargo*. Mientras el *encargo* de usted ha sido bien diferente...

—¿Usted cree?...

—Veo yo en usted un reflejo muy siglo XIX, en lo que el XIX tuvo de genuino: la revisión de las tradiciones, el anti-tradicionismo. Actitud que el XIX heredó a su vez de la Enciclopedia. Y la Enciclopedia de la Reforma. No me extrañaría que se supiera usted de memoria la *Vida de Jesús*, de Renán.

—No. Pero la tengo sobre la mesa. Mírela.

—Me lo figuraba. Creo que es en esa corriente inicial ideológica donde hay que ver inserta su obra. (Con lo cual no

quiere decir que, artísticamente, dependa usted de nadie.) ¿Se explicaría si no el recelo de cierto sector espiritual a dejarle pasar, a admitirle? Sus cualidades, lejos de ser las del imaginero, son las del imaginista y las del imaginador.

Miró sonrió otra vez interesado. Y yo proseguí:

—Su obra son las primeras *Notas a la Biblia* que un poeta ha puesto en nuestra literatura española. Y esas notas *no pasan*, así vengan de un poeta como usted. Sin embargo, debía la gente darse cuenta de que usted hace revivir una sacra tradición perdida desde el XVII hasta hoy en nuestro país: la del *Sermón conmovedor* sobre motivos de la Escritura. Malon de Chaide le comprendería a usted ¿no es cierto?

—Eso sí lo creo. Y también lo otro. No sólo no transigen con mis glosas bíblicas aquí, sino en otras partes: Estados Unidos, por ejemplo. Y cuidado que mis fuentes de construcción son puras y leales. Jamás tomé pasajes de los Evangelios apócrifos, ni recurrí a escenas escandalosas de ningún género...

—No se preocupe. Siga laborando con pulcritud y minucia. Ese es el verdadero camino. Por lo menos, para la posteridad, ya que no para la santidad.

Miró, por tercera vez, sonrió. Que fué como afirmar algo, antes de que el gallo cantase tres veces. Cosa que no hizo ni siquiera el apóstol.

Página lírica

de Miguel de Unamuno

=Del tomo *Romancero del Destierro*. Editorial ALBA. Buenos Aires. 1928=

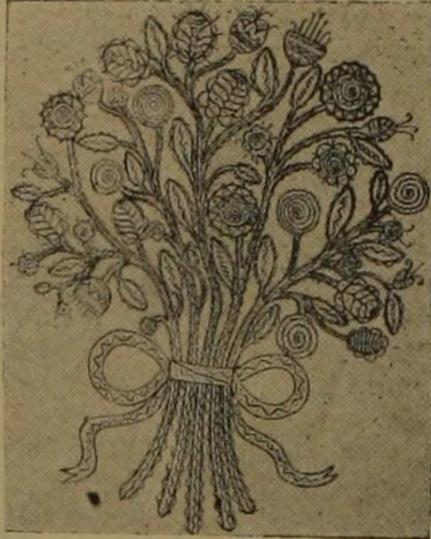
Vendrá de noche

Vendrá de noche cuando todo duerma,
vendrá de noche cuando el alma enferma
se emboce en vida,
vendrá de noche con su paso quedo,
vendrá de noche y posará su dedo
sobre la herida.
Vendrá de noche y su fugaz vislumbre
volverá lumbre la fatal quejumbre;
vendrá de noche
con su rosario, soltará las perlas
del negro sol que da ceguera verlas,
¡todo un derroche!
Vendrá de noche, noche nuestra madre,
cuando a lo lejos el recuerdo ladre
perdido agüero;
vendrá de noche; apagará su paso
mortal ladrido y dejará al ocaso
largo agujero...
¿Vendrá una noche recogida y vasta?
¿vendrá una noche maternal y casta
de luna llena?
vendrá viniendo con venir eterno;
vendrá una noche del postrer invierno...
noche serena...
Vendrá como se fué, como se ha ido,
—suenan a lo lejos el fatal ladrido—
vendrá a la cita;
será de noche más que sea aurora,
vendrá a su hora, cuando el aire llora,
llora y medita...
Vendrá de noche, en una noche clara,
noche de luna que al dolor ampara,
noche desnuda,
vendrá...venir es porvenir...pasado
que pasa y queda y que se queda al lado
y nunca muda...
Vendrá de noche, cuando el tiempo aguarda,
cuando la tarde en las tinieblas tarda
y espera al día,
vendrá de noche, en una noche pura,
cuando del sol la sangre se depura,
del mediodía.
Noche ha de hacerse en cuanto venga y llegue,
y el corazón rendido se le entregue,
noche serena,
de noche ha de venir... ¿él, ella o ello?
de noche ha de sellar su negro sello,
noche sin pena.
Vendrá la noche, la que da la vida,
y en que la noche al fin el alma olvida,
traerá la cura;
vendrá la noche que lo cubre todo
y espeja al cielo en el luciente lodo
que lo depura.
Vendrá de noche, sí, vendrá de noche,
su negro sello servirá de broche
que cierre al alma;
vendrá de noche sin hacer ruido,
se apagará a lo lejos el ladrido
vendrá la calma...
vendrá la noche...

En París, en la noche del
sábado al domingo de Pente
costés, 31 de mayo de 1925.

Sub specie momenti

Verdor nativo; la niñez que vuelve
y el porvenir disuelve;
juega el sol con las nubes y sonríe,
la mar me cuna,
y en sus olas la cuita se deslía,
—con ello mi fortuna—
brotan aquí, en Hendaya,
las aguas lentas de mi fiel Viscaya.
Leo el Apocalipsis, lo releo,
y en su eterna marea me mareo;
pasa el que es, ha sido y viene,
miro su fuerte voz



pasar sobre la mies de mi alma en hoz
y el alma ¿qué retiene?
Todo es momento;
espacio condensado; el viento
se lleva el aire de esta leve Francia
y a España lo remonta; allí se cuele,
¿formará escuela?

Orhoit Gutaz

En la pequeña iglesia de Biriato, orilla del Bidasoa, cerca de Hendaya, hay un mármol funerario con la lista de los once hijos de Biriato que murieron por Francia en la gran guerra. En la cabecera dice: *Bere seme gerlan hil direneri Biriato-Ko herriak*, lo que traducido del eusquera o vascuence al castellano quiere decir: «A sus hijos que han muerto en la guerra el pueblo de Biriato». Luego la lista de los muertos que son:

APRENDISTEGUY CHARLES
ARISTEGUY JOSEPH
EYHERAMENDY JEAN JOSEPH
ELISSALDE MATHIEU
ELISSALDE FRANÇOIS
HYASSA JEAN
SALAVERRIA JOSEPH ANGEL
HUMBERT LOUIS
DAQUERRE MARTIN
CAZUBON CALIXTE
CELET JOSEPH

MCMXIV - MCMXVIII

Y debajo *Orhoit gutaz* esto es: «Acordaos de nosotros». Conservo en el título la hache de *Orhoit* aunque como la de *hil* y *herriak* y *Eyheramendy* y las haches todas que emplean en el vascuence de esta región, donde se las aspira, son ociosas.

Pasasteis como pasan por el roble
las hojas que arrebatan en primavera
pedrisco intempestivo;
pasasteis, hijos de mi raza noble,
vestida el alma de infantil eusquera,
pasasteis al archivo
de mármol funeral de una iglesiuca
que en el regazo recogido y verde
del Pirineo vasco
al tibio sol del monte se acurruca.
Abajo el Bidasoa va y se pierde
en el mar; un peñasco
recoge de sus olas el gemido,
que pasan, tal las hojas rumorosas,
tal vosotros, oscuros
hijos sumisos del hogar henchido
de silenciosa tradición. Las fosas
que a vuestros huesos, puros,
blancos, les dan de última cuna lecho,
fosas que abrió el cañón en sorda guerra,
no escucharán el canto
de la materna lluvia que el helecho
deja caer en vuestra patria tierra
como celeste llanto...
No escucharán la esquila de la vaca
que en la ladera, al pie del caserío,
dobla su cuello al suelo,
ni a lo lejos la voz de la resaca

de la mar que amamanta a vuestro río
y es canto de consuelo!
Fuisteis como corderos, en los ojos
guardando la sonrisa dolorida
—lágrimas del ocaso—
de vuestras madres—el alma de hinojos—
y en la agonía de la paz la vida
rendisteis al acaso...!
Porqué? porqué? Jamás esta pregunta
terrible torturó vuestra inocencia;
nacisteis... nadie sabe
porqué ni para qué... era la yunta
y el campo que ara es toda su conciencia
y canta y vuela el ave...
Oroit gutaz! Pedís nuestro recuerdo
y una lección nos dais de mansedumbre;
calle el porqué... vivamos
como habéis muerto, sin porqué, es lo cuerdo...
los ríos a la mar... es la costumbre
y con ella pasamos...

Hay en un bosque escondido...

Hay en un bosque escondido
una pobre margarita
de que el sol—sol sin sentido—
es girasol; resucita
cada mañana, encendido
por la angustia de la cita,
al besarla y va perdido
por el cielo; y en la ermita
del ocaso—en el ejido—
la ventanuca bendita
donde al ponerse, rendido,
se mira morir; palpita
de amor que se apaga; al nido
vuélvese—¡noche infinita!—
mientras en el bosque—olvido—
se duerme la margarita.

Hendaya, 4 - VIII - 26.

Esa casuca de la naricita...

Esa casuca de la naricita
con sus negros ojazos cuadrados
¿qué me quiere?
Paisaje, celaje, visaje, —tierra, cielo, rostro—
derritense en uno...
En ella se encierra—se entierra—
una pobre pareja de abuelos
que enterraron sus hijos, sus nietos
y que ven en las noches de invierno
ponerse la luna...
Tierra, cielo, rostro, derritense en uno...

Hendaya, 5 - VIII - 26.

Pobre sapo romántico, andariego...

Pobre sapo romántico, andariego,
nocherniego,
canta a la Luna —con mayúscula—
el cántico romántico
de la resignación...
A la luz de la luna—con minúscula—
vase de caza.
La tenue cabellera
lunar sobre su espalda verde
deja como un rocío
de luz viscosa...
El sapo nocherniego, melancólico,
romántico, estrambótico,
canta su cántico,
lunático y erótico
de reclamo de amor...

6 - VIII - 26.

Duérmete, niño chiquito...

Duérmete, niño chiquito,
durmiendo te curarás;
duérmete duerme un poquito...
que acaso despertarás...
Dios te libre del mal sueño,
sueño que te haga soñar,
mas si soñar es tu empeño
sueña que has de despertar...
Duérmete; Dios con su mano
tu corazón curará;
duerme, que Dios soberano
en tu sueño velará...
Con el alma, ya de hinojos,
a rezarle te pondrás,
te mirarás en sus ojos
azules...no te verás!
Despertarás? El resorte
de tu sueño es esperar;
del despertar no te importe,
pues dormir es esperar...
Duerme que el sueño se pasa
y con el sueño el dolor;
todo duerme ya en la casa;
todo duerme en el amor...

8 - VIII - 26.

El gendarme hortelano

Mais le propre sujet des hommes c'est d'aimer.
Ronsard.

Coje presos a los caracoles
que le comen las coles...
—se los ha de comer—
llega armado de dos regaderas
y a la puesta del sol, las primeras
estrellas por nacer,
va regando su bien con blandura
¡oh civil verdura
donde no cabe mal!
mientras charla con buenas vecinas,
testigos las gallinas,
sin proceso verbal...

¡Oh guardián de la paz y del orden!
cuando un día te aborden
anarquistas feroces ¡qué horror!
echa mano de las regaderas
y antes de que nazcan las primeras
estrellas de la noche del Señor
refréscale a la tierra enardecida;
mira, gendarme que se va la vida
y con la vida se nos va el amor...

10 - VIII - 26.

Arroyuelo sin nombre...

Arroyuelo sin nombre ni historia
que a la sombra del roble murmuras
bañando sus raíces
¿quién llama a tus aguas?
Al nacer en la cumbre, en el cielo,
con la mar te sueñas,
con la mar que en el cielo se acuesta,
arroyuelo sin nombre ni historia!

10 - VIII - 26.

¿Qué es tu vida,...

¿Qué es tu vida, alma mía, ¿cuál tu pago?
lluvia en el lago!
Qué es tu vida, alma mía, tu costumbre?
viento en la cumbre!
Cómo tu vida, mi alma, se renueva?
sombra en la cueva!
Lluvia en el lago!
viento en la cumbre!
sombra en la cueva!
Lágrimas es la lluvia desde el cielo,
y el viento sollozo sin partida,
pasar la sombra sin ningún consuelo
y lluvia y viento y sombra hacen la vida.

11 - VIII - 26.

Sus hondos ojos azules...

Sus hondos ojos azules
daban azulez al cielo;

amarillo primavera
se despejaba sereno
por el follaje dormido
y era la vida un entero,
vivir de Dios; por el río
soñaban en claro espejo
ensueños de la montaña
abrazados con el cielo...
—
Toda cosa era pasada,
todo presente...recuerdo,
y el porvenir se perdía
en el antaño primero.
Bajo tierra renacían
las muertas; dentro del pecho
brizaba una brisa queda
los primeros pensamientos
que nacidos en la oscura
calma del seno materno
son de la casa extrañada
los enterrados cimientos,
que se asientan y sustentan
sobre la azulez del cielo.

20 - IV - 1927.

2 por 2 son 4...

2 y 2 son 4
4 y 2 son 6
6 y 2 son 8
y 8 16
y 8 24
y 8 32

¡ánimas bendidas,
me arrodillo yo!

De una canción de rueda que sien-
do yo niño oía cantar a las niñas.

2 X 2 son 4
2 X 3 son 6

¡ay que corta vida
la que nos hacéis!

3 X 3 son 9
2 X 5 10

¿volverá a la rueda
la que fué niñez?

6 X 3 18
10 X 10 son 100

¡Dios! no dura nada
nuestro pobre bien!

∞ y 0

¡la fuente y la mar!
cantemos la tabla
de multiplicar!

Prosa? Y que sabéis vosotros...

Prosa? Y qué sabéis vosotros,
jugadores de la forma,
y gongorinos de pega,
lo que es prosa?
Poesía pura? El agua
destilada, no por obra
de nube del cielo, pero
de redoma.
Deshumanad! buen provecho!
yo me quedo con la boda
de lo humano y lo divino
que es la gloria.
Ni agua alquitarada; sangre
en que cante en fuego de ola
la calentura sagrada
creadora.
Con raíces bajo tierra
y al viento de Dios la copa
y hojarasca entre las flores
y hasta broza.

Prosa con polvo y con lodo
manchada, fatal escoba;
nos depara el barrendero
dulce sombra...!
Descanso en limpio retiro
para soñar cuando dora
el sol que se pone al cielo
nuestra hora...

27 - IV - 27.

Y pasan días sin que pase nada...

Y pasan días sin que pase nada
y todo queda pues que pasa todo
que el paso es queda de distinto modo
y el ayer va al mañana, que es su rada.
Me pesa de lo que hice; en la estacada
se queda del pasado, en un recodo;
el polvo cuando posa se hace lodo
y luego piedra que sirve de arcada.
No hay corte alguno que deshaga el nudo;
inmutable es el mundo cuando muda;
cuantas veces se quiso no se pudo;
vive el punto que pasa, y en la duda;
que el acto es muerte, y en el paso agudo
del último acto nada nos escuda.

28 - IV - 1928.

Sobre tu frente azul, Señor,...

Sobre tu frente azul, Señor, mi sino
—que es invisible estrella al claro día,
con el azul fundida en armonía—
me señala en el cielo mi camino.
Camino el cielo todo; en el divino
campo de azul, en la celeste vía
no hay vedado, ni el alma se extravía
que en él se pierde aun cuando pierda el tino.
Las flores de tu huerto, las estrellas
son cual Tú, virginales, no dan fruto
de grosero comerse; son centellas
de tu puro ideal; sólo disfruta
de libertad aquel a quien le sellas
con tu sello marcándole la ruta.

28 - IV - 1927.

El cuerpo canta...

El cuerpo canta;
la sangre ahulla;
la tierra charla;
la mar murmura;
el cielo calla
y el hombre escucha.

5 - V - 27.

Romances

VIII

Si no has de volverme a España,
Dios de la única bondad,
si no has de acostarme en ella
¡hágase tu voluntad!
Como en el cielo en la tierra
en la montaña y la mar,
Fuenterrabía soñada,
tu campana oigo sonar.
Es el llanto del Jaizquibel,
—sobre él pasa el huracán!—
entraña de mi honda España
te siento en mí palpitar!
Espejo del Bidasoa
que vas a perderte al mar,
¡qué de ensueños te me llevas!
a Dios van a reposar...!
Campana Fuenterrabía,
lenguas de la eternidad,
me traes la voz redentora
de Dios, la única bondad!
Hazme, Señor, tu campana,
campana de tu verdad,
y la guerra de este siglo
deme en tierra eterna paz!

XIV

Cuando el alba me despierta
 los recuerdos de otras albas
 me renacen en el pecho
 los que fueron esperanzas.
 Quiero olvidar la miseria
 que te abate, pobre España,
 la fatal pordiosería
 del desierto de tu casa.
 Por un mendrugo mohoso
 vendéis, hermanos, la entraña
 de sangre cocida en siesta
 que os hace las veces de alma.
 «Hay que vivir», estribillo
 de la santísima gana,
 vuestra perra vida sueño
 en bostezo siempre acaba.
 «Mañana será otro día»
 y el porvenir se os pasa,
 ni se os viene la muerte
 que no habéis vivido nada.
 Cuando se os viene encima
 la libertad «¡Dios me valga!»
 y Dios en vil servidumbre,

pues no os valéis, os chapa.
 Mirando pasar la vida
 no vivís y al acabarla
 aun hay quien sueña ¡cuitado!
 que de la vida descansa.
 Cuando el alba me despierta
 los recuerdos de otras albas,
 me renacen en el pecho
 las que fueron esperanzas.
 Y espero que al torbellino
 de mi seno España nazca,
 que los hermanos que sueño
 con mis sueños hagan patria.
 Puebla mi sueño tu pueblo,
 que es sólo mi sueño, España,
 y sueño que me hago eterno
 en un eterno mañana.

XVI

Mañana—lo sé de ayer—
 Don Quijote, mi señor,
 me apedrearán los galeotes,
 sea todo por tu amor!
 No me importa qué vendrá,

sino la miseria de hoy,
 de los viles cuadrilleros
 de la vieja Inquisición.
 Es justicia libertad;
 no el rencoroso perdón
 de tiranuelos de campo
 deshonorados con honor.
 Solo, hidalgo, solo tú,
 sin Sancho, en manos de Dios,
 rebelde a la rebeldía
 del poder de sinrazón.
 El mando dado a desmán,
 de la ley se desmandó;
 se puso a dictar mentiras
 que es tiranía mayor.
 Y qué vendrá? qué más da...!
 nuestro Padre nos dé hoy
 mientras no venga su reino
 nuestro cotidiano sol.
 Nos dé el sol de la verdad,
 que nos limpia el corazón;
 el patriotismo con venda,
 no es más que abominación.
 Libertad a los galeotes!
 manos, cara y pecho al sol!
 que la grandeza de España
 sea grandeza de Dios!

De los placeres y los juegos

Si me preguntáis cuáles son
 las artes primitivas, no iré
 a consultar a los clérigos para
 contestaros: miraré vivir a mis
 hombrecitos y os responderé:
 la música, el dibujo, la danza
 y la arquitectura.

El hombrecito entreabre la
 puerta de mi gabinete de tra-
 bajo. Está muy tranquilo aunque
 yo traté de fulminarlo con la
 mirada. Acerca su cara a la mía,
 me mira batiendo las pestañas,
 el infame seductor, y va recto
 al fin:

—¡Papá! Mi lápiz no tiene
 punta. Sácasela.

Lo hago porque tengo interés
 por las artes.

—Gracias. Y ahora dame pa-
 pel.

Le doy papel, del mejor. Soy
 un buen Mecenas.

El hombrecito vuelve a su
 trabajo. Dibuja, pinta. Todo lo
 que hace significa alguna cosa.
 Todo es grosero, informe, pero
 corresponde a una idea, tiende
 a representar algún rasgo del
 modelo. Ningún trazo es abso-
 lutamente inútil. Más tarde el
 hará cosas inútiles, dirá cosas
 inútiles, creará cosas inútiles
 y acumulará como todos los
 hombres, lo inútil sobre lo inútil.

Viendo esta pasión de dibu-
 jar que ellos tienen, comprendo,
 mejor que nunca, que crear es-
 tá en la naturaleza del hombre.
 Pero, ¿qué crear? Es mucho
 más sencillo: el se divierte, se
 expresa.

Bernardo parece cierto de
 que dibujar es una función na-
 tural como construir, danzar,
 cantar. Me tiende su lápiz y
 me ordena con simplicidad:—
 «Dibújeme un elefante, dibú-
 jeme una locomotora, un barco,
 un señor, una casa». Yo obe-
 dezco sin discutir y me doy
 cuenta con asombro de que sé
 dibujar todo eso que el me pide.
 Cuando menos él queda con-
 tento.

El más pequeño baila con mo-
 vimientos lentos, contenidos,
 serios: es demasiado pequeño
 para tener vergüenza. Bernar-
 do, un poco más grande, un po-
 co más torpe no sabe más que
 hacer el loco. Pero canta: el
 canto es un gozo tan natural
 que parece ligado en él al ac-
 to de la expiración. Llena de
 aire su pecho. ¡Oh delicia! Des-
 pués el aire se va. ¿Habrá que
 consentir en perderlo pura-
 mente y simplemente? ¡No! La
 garganta está allí para sacar al
 paso, algunas bellas canciones.
 Cuando está bien solo, puro,
 abandonado a su instinto de
 animal, cuando sus manos y su
 espíritu están ocupados en al-
 guna menuda tarea, canta sin
 parar una canción ondulosa,
 agil, parecida a la que se debe
 cantar allá en la estepa. En-
 cuentra ritmos e inventa inter-
 valos extraños: voz del viento
 en soto, roce de las hojas del
 álamo, gotas de lluvia que caen
 de las ramas en la taza de la
 fuente.

Un día este humilde genio se
 desvanece: el hombrecito apren-
 de a cantar. El arte civilizado
 se instala en el lugar del arte
 primitivo. Nosotros encontramos
 que eso está bien porque es-
 tamos corrompidos, petrificados
 por nuestros hábitos.

En seguida conoce la ver-
 güenza. Es imposible ahora
 arrancarle esa menuda canción
 que sabe tan bien. Luego, una
 noche, después de los abrazos,
 solo en su cama en medio de
 la sombra protectora, pero se-
 guro de que nosotros lo esta-
 mos escuchando, se pone a can-
 tar con una voz neta:

Oh, verde pino
 rey de las selvas...

Nosotros escuchamos en la
 pieza contigua. Escuchamos si-
 lenciosos y recogidos. Conoce-
 mos la voz del animalito. Es

menos bello que antes; pero es
 la voz del hombre.

El sigue: canta mucho tiempo,
 mucho tiempo. Es como una ple-
 garia que naufraga en el bal-
 buceo. De golpe el sueño cae.

Presta a los instrumentos de
 música una atención que no se
 cansa. Gira en torno del piano
 buscando esa *cola* de lo que
 todo el mundo habla y que él
 no ve. Pide soplar en la flauta,
 seguro, cada vez de sacar el
 sonido; decepcionado cada vez
 de su fracaso.

El martes en la noche, en
 tanto que nosotros tocamos reu-

nidos en torno del piano, él se
 despierta a medias y se queda
 durante dos horas con los ojos
 abiertos en una especie de sue-
 ño extático. Yo me escapo un
 segundo para ir a verlo; su mi-
 rar de pupilas inmensas está
 encendido en la sombra: un mi-
 rar de otra vida.

Si después canturreo un aire
 de los que se han tocado el
 martes, él dice simplemente,
 con un aire indiferente, bajan-
 jando la cabeza: *música de la
 noche*. No se equivoca nunca.
 No confunde *la música de la
 noche* con *la música del circo*.

Georges Duhamel

(Trad. de Gabriela Mistral)

Qué hora es...?

(Viene de la página 24)

gozando siempre; la *Novela de
 un niño*, de Pierrí Loti, tiene
 muchísimos atisbos y belleza de
 anécdota; la *María Clara*, de
 Margarita Audoux, no se enve-
 jecé todavía, gracias a la es-
 pontaneidad del estilo; el *De-
 dalus*, de James Joyce, es el
 más extraordinario relato de
 adolescencia que yo conozca;
 pero yo no lo recomendaría a
 las estudiantes. Funde de ter-
 nura *La Madre y el Niño*, del
 admirable Carlos Luis Phillippi.
La Infancia, de Gorki, está
 contada para la Rusia y la
 América nuestra, prima de varias
 barbaries eslavas; y, para po-
 ner obra americana que resista
 estas vecindades, *El niño que
 enloqueció de amor*, del chile-
 no Barrios, está lleno de obser-
 vaciones y anécdota legítima.

El género se enriquece por
 año; parece que el asco de las
 juventudes feas y las madures-
 ces peores que vivimos, nos
 hiciera remontar los años a
 zancadas ansiosas, hasta caer
 en el cuadro jugoso de la in-

fancia, donde se revuelca el pen-
 samiento en cosa pura.

Naturalmente el género no
 está exento de podridura; los
 Gide y los sobrinos literarios
 del señor Freud, han llevado a
 la biografía novelesca del niño
 su aliento sucio capaz de em-
 porcar el aire del desierto.

Todo lo enumerado vale más
 que el lacrimoso *Corazón* esa
 Biblia de las escuelas laicas
 en que el ateísmo, buscando
 escapar la aridez de cal que
 es la suya, se ha atollado en
 una manteca sentimental que
 empalaga hasta a las criaturas.

Que las bibliotecarias de Nor-
 mal no traten demasiado en
 «niñas» a sus clientes. La ado-
 lescente nuestra sabe demasia-
 do. Cuando oigo hablar de los
 peligros de la lectura novelesca
 en las jóvenes, pienso en los pe-
 ligros de la imaginación sin alimen-
 to, porque como dice no sé qué
 educador franco, la mente sue-
 le hallar en la novela lo sen-
 sual; pero en la vida tan des-
 nuda de este tiempo, encuentra

lo obscuro con mucha más esgritud.

La enumeración de novelas de niño puede acrecentarse hasta el centenar, por los que frecuentan la literatura inglesa y la italiana. Con lo anotado hay bastante para crear una antesala soleada de la psicología infantil. El novelista francés cuida bastante la verosimilitud y es honrado en la observación del sujeto: mima demasiado la exactitud desde que la manía del cientificismo de Bourget y los demás lo cogieron. El respeto del llamado dato científico les ha amojamado muchísimo la imaginación, atándoles el ímpetu de *la fábula pura*, el viejo licor que ya no se hace ni para los niños ni para los hombres.

No necesito nombrar *La luna nueva* de Tagore. Por fortuna que llamaré sobrenatural, esta colección de poemas de niños, la más perfecta que se conozca, ha alcanzado a los maestros, aunque sea por la vía teosófica...

Yo diría que toda educación de niño o de adolescente, toda clase, todo recitado, ha de parecerse a un juego de estampas. La madurez espera con la capacidad, y también con el vicio de abstracciones. La botánica, la geografía, la historia y la pedagogía elementales,

que es la de las Normales, si no se dan en estampas violentas de vida, valdría más que no se dieran. La expresión *estampas* hará sonreír a la seria gente profesional. Juego de estampas dice sencillamente lenguaje objetivo, lección bien coloreada de imágenes felices.

Me viene el recuerdo de mi visita a una biblioteca de Escuela Normal chilena:

—Aquí—me dijo una de las jefes mostrándome una de las estanterías y con un orgullo rotundo—no hay novelones ni novelas; si usted recorre las filas, no encontrará sino libros serios.

—Las pobrecitas niñas que vienen de la escuela primaria—le dije—¿pueden entonces saltar heroicamente de sus cuentos a la historia y las ciencias?

Su biblioteca era lo que muchas escolares que yo bien me conozco. Como los libros no se sacan nunca, la enfiladura de lomos dorados aparece irreprochable. Aquello que allí se guar-

da es algo así como la Torha judía: mientras más se la respeta menos se le aproxima. Allí se hallan, en la paz de los 600 años que gozó el cuerpo de Tutankamon antes de que llegara el inglés de la estupenda excavación, los hombres que amaron el caminar con los niños, el conversar con sus semejantes de los diferentes oficios, el fundir el alma del prójimo, y a quienes su gremio caído en molinismo budista, honra con la parálisis en los anaqueles que nunca se abren. Se llamaban Rousseau, el caminador; Pestalozzi, Richter, Costa, Giner de los Rios y Sarmiento, todos ellos gente de aire libre, como la gaviota o el venado, ninguno sedentario, ninguno con la boca encerrada del difunto egipcio de las 600 vendas.

Ahora yo quiero añadir a esta lista de nombres más o menos divulgados el de *Los placeres y los juegos*, el libro de Duhamel, el francés que ha es-

crito sobre los cuatro primeros años de sus dos niños. El ha querido contar con sencillez de varón y de médico su experiencia paterna. Cada padre y madre inteligentes deberían hacer lo mismo, y lo harían bien si, como Duhamel, se pusieran a mirar a sus chiquitos día por día y a contar en esta linda promiscuidad de lo verdadero, sus *habilidades* junto con sus *naderías*.

Para invitar a esta lectura de una naturalidad verdaderamente clásica, yo pongo al pie de mi articulejo dos trozos suavemente incitadores. Otra será la ocasión de escribir sobre el conjunto de la obra de Duhamel, tan poco leída en nuestras tierras donde de lengua francesa, sólo atraen, o las *pimientos* que decía Rubén, o los *Zohares* a lo Valery, porque se cree que toda sencillez ha de ser ñoñería y toda salud, filisteísmo.

A varón de la literatura tan bien dotado para guiar y purificar a su época, yo lo llamaría completo si no le faltase la sal cristiana; pero he de confesar que suelo preferirlo a muchísimo cristiano degenerado que camina por la literatura de esta hora, sin que lo cristiano se le conozca en la abundancia del corazón ni en la fundidura de la caridad.

Gabriela Mistral

París, Mayo 1928:

P. D.—He olvidado las dos lindas novelas de infancia y adolescencia del ruso Garin. Añado dos bellas y honradas autografías de infancia que acabo de leer: *Mi padre y yo*, del novelista norteamericano Anderson, una especie de Gorki menos ácido que el otro, y la *Gavilla dorada*, del francés Henry Beraud, que acaba de aparecer y tiene un limpio éxito.

G. M.



LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias
para muchachos

(Suplemento al Repertorio Americano)

Días de ocio en el país del Yann

(Viene de la entrega anterior).

Mandaroon era realmente hermosa con sus blancos pináculos enhiestos sobre las rojas murallas y los verdes tejados de cobre.

Cuando llegué al *Pájaro del Río*, los marineros ya estaban a bordo. Levamos anclas en seguida y nos hicimos a la vela otra vez, y otra vez seguimos por el centro del río. El sol culminaba en su carrera, y alcanzábamos a oír en el río Yann las incontables miríadas de coros que le acompañan en su ronda por el mundo. Porque los pequeños seres que tienen muchas patas habían desplegado al aire sus alas de gasa, suavemente, como el hombre que se apoya de codos en el balcón y rinde regocijado solemnes alabanzas al sol; o bien unos con otros danzaban en el aire inciertas danzas complicadas y ligeras, o desviábanse para huir al ímpetu de alguna gota de agua que la brisa había sacudido de una orquídea silvestre, escalofriando el aire y estremeciéndole al precipitarse a la tierra, pero entre tanto cantan triunfalmente: «Porque el día es para nosotros—dicen—, lo mismo si nuestro magnánimo y sagrado padre el Sol engendra más de nuestra especie en los pantanos, que si se acaba el mundo esta noche». Y allí

cantaban todos aquellos cuyas notas son conocidas de los oídos humanos, así como aquellas cuyas notas, mucho más numerosas, jamás fueron oídas por el hombre.

Para todos estos seres, un día de lluvia hubiera sido como para el hombre una era de guerra que asolará los continentes durante la vida de una generación.

Y salieron también de la oscura y humeante selva para contemplar el sol y gozarse en él las enormes y tardas mariposas. Y danzaron; pero danzaban perezosamente en las calles del aire como tal reina altiva de lejanas tierras conquistadas, en su pobreza y destierro danza en algún campamento de gitanos por sólo el pan para vivir, pero sin que su orgullo consintiera bailar por un mendrugo más.

Y las mariposas cantaron de pintadas y extrañas cosas, de orquídeas purpúreas y de rojas ciudades perdidas, y de los monstruosos colores de la selva marchita. Y ellas también estaban entre aquellos cuyas voces son imperceptibles a los oídos humanos. Y cuando fluctuaban sobre el río, de bosque a bosque, fue disputado su esplendor por la enemiga belleza de las aves que salieron a perseguirlas. A veces posábanse en las blancas y ceras yemas de la planta que se arrastra y y trepa por los árboles de la selva; y sus alas de púrpura resplandecían sobre los grandes capullos, como cuando van las caravanas de Nurl a Thace las sedas relampaguentes resplandecen sobre la nieve, donde los astutos mercaderes las despliegan una a una para ofuscar a los montañeses de las montañas de Noor.

Mas sobre hombres y animales, el sol enviaba su sopor. Los monstruos del río yacían dormidos en el légamo de la orilla. Los marineros alzaron sobre cubierta un pabellón de doradas borlas para el capitán, y fuéronse todos, menos el timonel, a cobijarse bajo una vela que habían tendido como un toldo entre dos mástiles. Entonces se contaron cuentos unos a otros, de sus ciudades y de

los milagros de sus dioses, hasta que cayeron dormidos. El capitán me brindó la sombra de su pabellón de borlas de oro y charlamos durante algún tiempo, diciéndome él que llevaba mercancías a Perdonaris, y que de retorno llevaría cosas del mar a la hermosa Belzoond. Y mirando a través de la abertura del pabellón los brillantes pájaros y mariposas que cruzaban sobre el río una y otra vez, me quedé dormido, y soñé que era un monarca que entra en su capital bajo empavesados arcos, y que estaban allí todos los músicos del mundo tañendo melodiosamente sus instrumentos, pero sin nadie que le aclamase.

A la tarde, cuando enfrió el día, desperté y encontré al capitán ajustándose la cimitarra que se había desceñido para descansar.

En aquel momento nos aproximamos al amplio faro de Astahahn, que se abre sobre el río. Extrañas barcas de antiguo corte estaban amarradas a los peldaños. Al acercarnos vimos el abierto recinto marmóreo, en cuyos tres lados levantábanse las columnatas del frente de la ciudad. Y en la plaza y a lo largo de las columnatas paseaba la gente de aquella ciudad con la solemnidad y el cuidado gesto que corresponde a los ritos del antiguo ceremonial. Todo en aquella ciudad era de estilo antiguo; la decoración de las casas, que, destruída por el tiempo, no había sido reparada, era de las épocas más remotas; y por todas partes estaban representados en piedra los animales que han desaparecido de la tierra hace mucho tiempo: el dragón, el grifo, el hipogrifo y las varias especies de gárgola. Nada se encontraba, ni en los objetos ni en los usos, que fuera nuevo en Astahahn. Nadie reparó en nosotros cuando entramos, sino que continuaron sus procesiones y ceremonias en la antigua ciudad, y los marineros, que conocían sus costumbres, tampoco pusieron mayor atención en ellos. Pero yo, así que estuvimos cerca, pregunté a uno de ellos que estaba al borde del agua qué hacían los hombres en Astahahn, y cuál era su comercio y con quién traficaban. Dijo: «Aquí hemos encadenado y maniatado al Tiempo, que, de otra suerte, hubiera matado a los dioses».

Le pregunté entonces qué dioses adoraban en aquella ciudad, y respondió: «A todos los dioses a quienes el Tiempo no ha matado todavía.» Me volvió la espalda y no dijo más y se compuso de nuevo el gesto propio de la antigua usanza. Y así, según la voluntad del Yann, derivamos y abandonamos Astahahn. El río ensanchábase por bajo de Astahahn; allí encontramos mayores cantidades de los pájaros que hacen presa en los peces. Y eran de plumaje maravilloso, y no salían de la selva, sino que, con sus largos cuellos estirados y con sus patas tendidas hacia atrás en el viento, volaban rectos por el centro del río.

Entonces empezó a condensarse el anochecer. Una espesa niebla blanca había aparecido sobre el río y calladamente se extendía. Asíase a los árboles con largos brazos impalpables, y ascendía sin cesar, helando el aire; y blancas formas huían a la selva, como si los espectros de los marineros naufragados estuviesen buscando furtivamente en la sombra los espíritus malignos que tiempo atrás habíanles hecho naufragar en el Yann.

Cuando el sol comenzó a hundirse tras el campo de orquídeas que descollaban en la alfombrada ladera de la selva, los monstruos del río salieron chapoteando del cieño en que se habían acostado durante el calor del día, y los grandes animales de la selva salían a beber. Las mariposas habíanse ido a descansar poco antes. En los angostos afluentes que cruzábamos, la noche parecía

haber cerrado ya, aunque el sol, que se había ocultado de nosotros, aún no se había puesto.

Entonces, las aves de la selva tornaron volando muy altas sobre nosotros, con el reflejo bermellón del sol en sus pechos, y arriaron sus piñones tan pronto como vieron el Yann, y abatiéronse entre los árboles. Las cercetas empezaron entonces a remontar el río en grandes bandadas, silbando; de súbito giraron y se perdieron volando río abajo. Y allí pasó como un proyectil, junto a nosotros, el trullo, de forma de flecha; y oímos los varios graznidos de los bandos de patos, que los marineros me dijeron habían llegado cruzando las cordilleras lispasianas; todos los años llegan por el mismo camino, que pasa junto al pico de Mluna, dejándolo a la izquierda; y las águilas de la montaña saben el camino que traen, y al decir de los hombres, hasta la hora, y todos los años los esperan en el mismo camino en cuanto las nieves han caído sobre los llanos del Norte.

Mas pronto avanzó la noche de tal manera, que ya no vimos los pájaros, y sólo oíamos el zumbido de sus alas, y de otros innumerables también, hasta que todos se posaron a lo largo de las márgenes del río, y entonces fué cuando salieron las aves de la noche. En aquel momento encendieron los marineros las linternas de la noche, y enormes alevillas aparecieron aleteando en torno del barco, y por momentos sus colores suntuosos hacíanse visibles a la luz de las linternas, pero al punto entraban otra vez en la noche, donde todo era negro. Oraron de nuevo los marineros, y después cenamos y nos tendimos, y el timonel tomó nuestras vidas a su cuidado.

Lord Dunsany

(Continuará en la próxima entrega)



Lado Oeste Foto Hernández